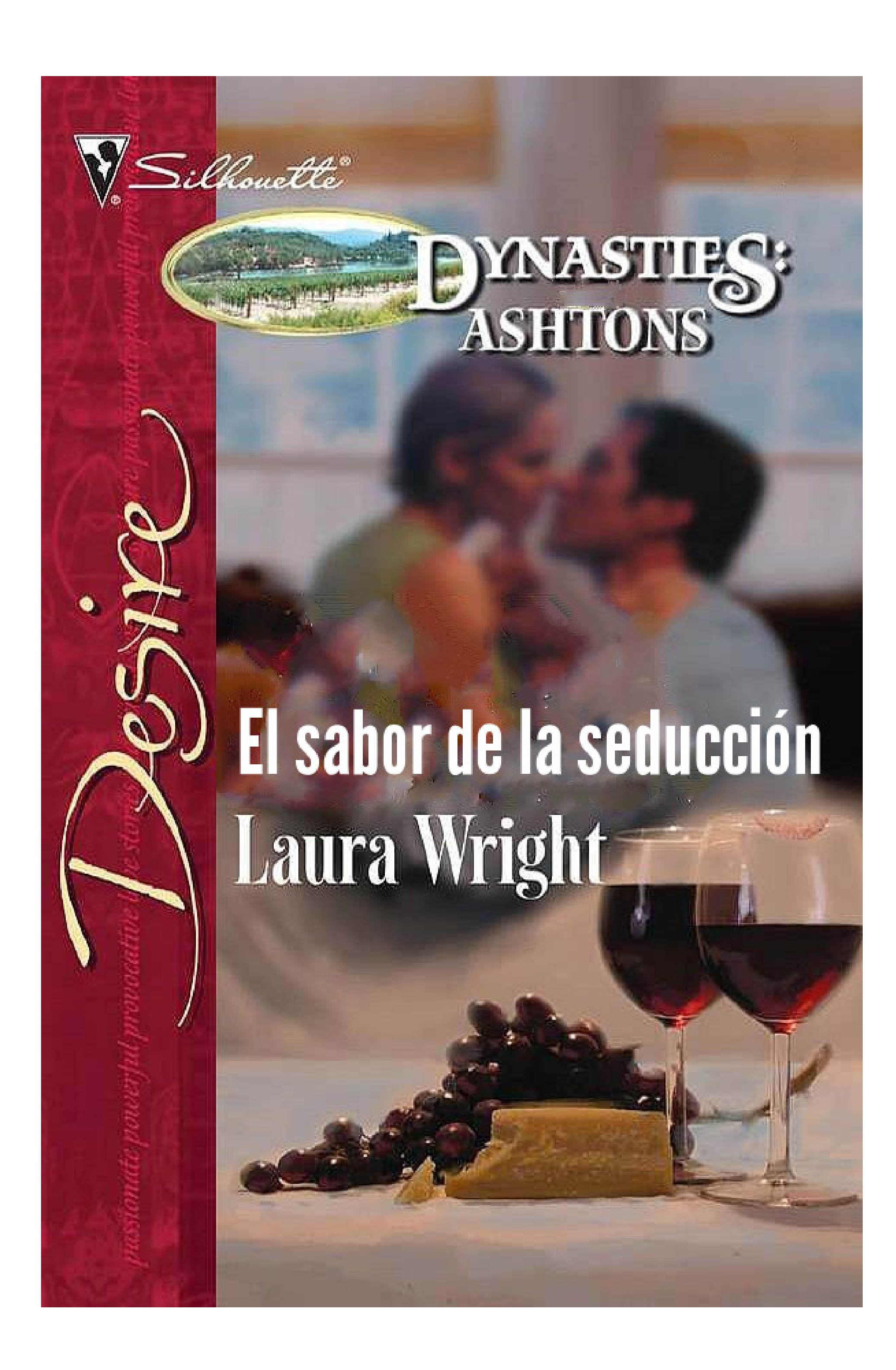

Silhouette
DYNASTIES:
ASHTONS
Desire
El sabor de la seducción
Laura Wright

Ella era para él como el fruto prohibido…

Anna Sheridan merecía tener una vida perfecta… algo que, con su historial familiar, Grant Ashton nunca podría darle. Su destino era estar siempre solo.

Anna nunca había sentido que criar al hijo ilegítimo de su difunta hermana fuera un sacrificio, pero negarse a sí misma el placer más absoluto sí lo era. Nunca había sentido nada tan poderoso como el deseo que Grant despertaba en ella… Por eso no podía permitir que se marchara y que renunciase a la felicidad por culpa de la sangre que corría por sus venas.



Laura Wright

El sabor de la seducción

Miniserie Deseo - 11

(Los Ashton - 11)

ePub r1.0

LDS 21.12.16

Título original: *Savor the seduction*
Laura Wright, 2005
Traducción: Marta Barrero López
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 188 / Silhouette Desire (SD) - 1687
Protagonistas: Grant Ashton y Anna Sheridan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Wine Country Courier

Crónica Rosa.

Últimamente se ha visto a Grant Ashton acompañado por una joven. Su nombre es Anna Sheridan, y parece que se han vuelto inseparables.

Claro que es comprensible. Al fin y al cabo fue ella quien salió en su defensa para librarlo de las sospechas de haber asesinado a su padre, Spencer Ashton. Según le dijo a la policía, Grant no pudo cometer el crimen porque esa noche estuvo con ella. Fue un gesto noble por su parte… sobre todo porque su declaración podría haberle hecho perder la custodia de su sobrino Jack, al que está criando.

El destino tiene curiosas ironías, como el haber unido al hijo mayor de Spencer Ashton y a la hermana de la que fuera su secretaria y madre de un hijo suyo no reconocido.

Pero eso no es nada en comparación con lo que viene a continuación: se dice que la hija desaparecida de Spencer, Grace, hermana melliza de Grant, y su marido, han sido localizados. A cada día que pasa esta saga familiar se pone más y más interesante.

Prólogo

En un amplio y lujoso despacho del edificio Ashton-Lattimer estaba sentado un hombre de cabello entrecano, ojos verdes y complexión atlética vestido con un traje hecho a su medida.

Eran las nueve y media de la mañana y debería estar trabajando, pero su estúpida secretaría había dejado pasar a una persona non grata a su «santuario».

—Tenemos que hablar, Spencer; por eso he venido.

Spencer miró con desprecio a Alyssa Sheridan, de pie frente a él. Parecía a punto de salir llorando. Tiempo atrás la había considerado hermosa, pero a pesar del inmaculado vestido blanco que llevaba y el esmero con que había recogido su larga melena pelirroja le recordaba a un coche de segunda mano.

Sus labios se arquearon en una sonrisa cínica al tiempo que se echaba hacia atrás en su sillón de cuero negro.

—¿Qué crees que vas a conseguir con esas lágrimas de cocodrilo, Alyssa?

—Lo único que quiero es que seas el padre de este niño —le dijo ella llevándose una mano al todavía liso vientre.

—No quiero más hijos; bastante tengo ya con los que tengo.

—Pero estoy segura de que en tu corazón hay sitio para uno más.

—Yo no tengo corazón —le espetó el con frialdad.

—Spencer, por favor…

—Aquí llámame «señor Ashton» —la cortó él. Luego bajó la vista a su vientre—. ¿Y cómo sabes que ese niño es mío?

El labio inferior de Alyssa tembló.

—¿De quién podría ser si no? En mi vida no ha habido ningún otro hombre desde hace meses.

—Eso dices —masculló él desdeñoso—. Pero teniendo en cuenta la facilidad con que me dejaste entrar en tu cama… ¿por qué tendría que creer que no has hecho lo mismo con otros?

Alyssa emitió un gemido ahogado.

—¿Por qué haces esto? No lo entiendo…

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No comprendo qué ha sido del Spencer al que yo conocía, el hombre que creía que sentía algo por mí, que quería cuidar de mí… el hombre del que me enam…

—¡Basta! —masculló él entre dientes inclinándose hacia delante —. Me parece que estás confundiendo unas cuantas noches de sexo, una pequeña distracción, con algo completamente distinto.

Alyssa se puso blanca como las paredes del despacho. Durante un buen rato se quedó callada, pero luego alzó la barbilla, y con los ojos humedecidos por nuevas lágrimas, le espetó:

—¿Y qué me dices de tu mujer? Supongo que no te importará que le cuente lo de esa… pequeña distracción.

Spencer se rió entre dientes.

—Ah, eres una chica astuta, pero me temo que mi esposa sabe perfectamente que de cuando en cuando me gusta mojar mi pluma en otros tinteros.

—¿Y le parece bien?

Spencer se irguió, como si lo ofendiese la pregunta.

—Digamos simplemente que no puede hacer nada para impedírmelo. Nadie me dice lo que puedo o no puedo hacer —le contestó. Luego, enarcando una ceja, añadió—: Nadie.

Las lágrimas le caían ya a Alyssa por las mejillas, pero lo único que preocupaba a Spencer era que cayesen sobre la delicada madera de su caro escritorio.

—Si eso era todo lo que tenías que decir ya puedes…

—Sí, tengo algo más que decir —lo cortó ella enjugándose furiosa las lágrimas con las manos—: Eres un bastardo, Spencer Ashton.

El resopló.

—Quizá lo sea, pero si no te deshaces pronto de… eso —le

respondió señalando su vientre—… dentro de unos meses tendrás que ocuparte de tu propio pequeño bastardo… y sin ninguna ayuda por mi parte. Alyssa se llevó las manos al vientre, como si quisiera proteger de sus palabras a la vida que estaba creciendo en su interior.

—Adiós, Alyssa —le dijo Spencer bajando la vista a los papeles sobre su mesa—. Y si vuelves a venir por aquí, haré que te echen los guardas de seguridad.

No alzo la vista hasta que no oyó cerrarse la puerta con un golpe seco, pero cuando lo hizo había una sonrisa perversa en sus labios.

Capítulo 1

Rizos pelirrojos, grandes ojos verdes, y una sonrisa adorable.

—Te quiero, mamá.

Y luego estaba eso; cuando Jack le decía eso Anna se derretía por dentro, como en ese momento, mientras lo estrechaba con cariño entre sus brazos. En realidad Jack no era hijo suyo, sino su sobrino, el pequeño de su hermana Alyssa, pero tras la muerte de su hermana al dar a luz y después de que el padre se desentendiera por completo se había visto obligada a hacerse cargo de él.

Por supuesto Jack era demasiado pequeño para que le explicara el parentesco entre ellos, pero sabía que algún día tendría que hacerlo.

Ya se preocuparía por eso cuando llegase el momento, decidió. Hasta entonces lo cuidaría y protegería como si fuese su verdadera madre.

—¿«Teres» correr, mamá? —le preguntó el niño con ojos brillantes.

Anna sonrió. No había nada que le gustara tanto a Jack como correr… a excepción de la *pizza*, quizá, y desde hacía unos meses tenían la inmensa suerte de vivir en un lugar con extensos jardines donde podía hacerlo a placer.

Claro que en el fondo no era exactamente suerte, ya que el motivo que la había llevado a aceptar la hospitalidad de Caroline y Lucas Sheppard había sido que necesitaban un lugar donde refugiarse del acoso de los medios. Desde que había saltado la noticia de que Jack era hijo de Spencer Ashton no la habían dejado

tranquila ni un instante. Querían que respondiese a sus preguntas, y habían llegado a extremos ridículos en sus intentos por que les concediera una entrevista.

Sí, les estaba inmensamente agradecida a Caroline y a su marido Lucas.

Habían sido tan generosos con ella… igual que sus hijos, los hermanastros de Jack. Todos le habían dado su apoyo y habían colmado de atenciones al pequeño.

De hecho, sólo llevaban allí unos meses, pero para Jack Las Viñas se había convertido ya en su hogar.

—¿«Teres» correr, mamá?, ¿«teres»? —le repitió el chiquillo.

—Lo siento, cariño, pero no me encuentro muy bien —le dijo Anna. Odiaba tener que negarle nada, pero tenía el estómago revuelto desde el desayuno y se sentía muy cansada—. Pero mira, puedes jugar con tu pelota de colores. ¿La quieres?

El niño asintió con vehemencia, repitiendo «pelota, pelota, pelota», y después de tomarla se alejó corriendo.

No era difícil entender por qué al pequeño le gustaba tanto aquel sitio, con verdes extensiones para jugar, y un montón de familiares que lo adoraban. Anna sabía que no resultaría fácil para él cuando finalmente se resolviese el asesinato de Spencer y tuviesen que volver a su apartamento en San Francisco.

Para ella tampoco sería fácil porque había alguien allí a quien echaría muchísimo de menos.

A pesar del aire frío del mes de noviembre una ola de calor la invadió, y Anna se preguntó si tendría fiebre o si se debería al hombre que ocupaba sus pensamientos cada hora del día, el hombre que estaba acercándose a ella en ese momento desde la lejanía.

Alto, fuerte, de cabello castaño y fascinantes ojos verdes, Grant Ashton era capaz de hacer que se olvidase hasta de su propio nombre con sus besos y sus caricias.

Era un hombre vital y seguro de sí mismo, pero cuando se detuvo junto a Jack y le revolvió el cabello afectuosamente, Anna no pudo evitar que acudiera a su mente el revés del destino que había sufrido hacía sólo unos meses. Una chica a la que habían sobornado le había dicho a la policía que lo había visto salir del edificio de oficinas Ashton-Lattimer la noche del asesinato, y el juez que llevaba la causa había ordenado prisión preventiva para que no

pudiera abandonar el país.

Grant tenía una coartada, pues había pasado toda la noche con ella, pero no quería atraer más la atención de los medios sobre ella, y le había hecho prometerle que no le diría nada a la policía. Anna, sin embargo, había sido incapaz de aguantar el remordimiento, y finalmente había roto esa promesa. Grant dejó a Jack jugando con su pelota y echó a andar de nuevo hacia ella. A pesar de lo cansada que estaba, sintió deseos de levantarse e ir a su encuentro, pero se quedó donde estaba, sentada en el césped.

En los últimos días había estado evitándolo, y no porque no quisiese verlo, sino porque a cada día que pasaba lo que sentía por él se hacía más fuerte, y se había dicho que debía distanciarse de él si no quería acabar con el corazón roto, aunque de todos modos cuando Grant dejase California y volviese a su hogar en Nebraska su corazón lloraría de dolor.

Todo había ocurrido demasiado deprisa, y el pasar horas y horas juntos, el hacer el amor con él, el acurrucarse en sus brazos y hablar de cosas triviales, se había convertido en algo casi adictivo. Por eso tenía que distanciarse de él, porque cuando llegase el día de su marcha no quería odiarlo por dejarla, ni quería odiarse a sí misma por haber dejado que las cosas fuesen más lejos, por haberse hecho ilusiones respecto a un futuro que él nunca le había prometido.

—Hola, Grant —lo saludó, obligándose a esbozar una sonrisa cuando se detuvo frente a ella.

Grant, sin embargo, no sonrió. En sus ojos había visto ternura, deseo, preocupación, y también alegría, pero en ese momento centelleaban de irritación.

—¿Estás evitándome? —le preguntó.

Así era Grant; directo; no se andaba nunca por las ramas. —No — mintió ella.

—¿No?

—Bueno, no exactamente. Grant se sentó a su lado.

—¿No exactamente? —repitió enarcando una ceja.

Anna exhaló un pesado suspiro y levantó las manos para al instante dejarlas caer.

—Quería dejarte un poco de espacio, eso es todo.

—¿Espacio para qué? —inquirió él frunciendo el ceño.

—Para que puedas reconciliarte con los sentimientos

encontrados que tienes hacia tu familia, porque sé que estás agobiado con todo lo que ha pasado desde el asesinato de tu padre y…

—Por favor, no lo llames así —masculló Grant.

—Perdona. Lo que quiero decir es que me pareció que necesitabas más tiempo a solas para organizar tus pensamientos.

—Pues te equivocas; no necesito tiempo para pensar en nada.

Anna resopló.

—No te creo.

—¿Por qué?, ¿porque aún sigo aquí en Napa?

—Pues sí, eso para empezar.

—Maldita sea, Anna, sabes que no puedo volver a Nebraska hasta que no se haya resuelto el asesinato de Spencer. La policía sigue vigilándome y yo necesito que este asunto se aclare y que yo quede libre de toda sospecha para poder volver a mi vida.

Anna sintió una punzada en el pecho. Sabía que ésa era la verdadera razón por la que todavía no se había ido, que no se había quedado por ella, pero el oírselo decir resultaba doloroso.

—Jack y yo tenemos que volver a la cabaña murmuró; —es casi la hora de su siesta.

Grant escrutó su rostro en silencio.

—Tienes un aspecto horrible.

—Vaya, muchas gracias —masculló ella poniéndose de pie y subiéndose la cremallera de la sudadera hasta el cuello.

Grant se levantó también.

—¿Te encuentras mal?

Mal era decir poco. A ratos tenía un calor sofocante, pero en otros notaba unos escalofríos bastante desagradables recorriéndole la espalda, por no hablar de lo revuelto que tenía el estómago. Necesitaba echarse un rato.

No, estoy bien —mintió—; sólo estoy un poco cansada, eso es todo.

Grant enarcó una ceja, como si no la creyese.

—Luego iré a verte.

—¿Para qué?

—¿Necesito una razón para ir a verte?

Anna suspiró.

—Escucha, Grant —le dijo armándose de paciencia—, durante

estos meses que tan duros han sido para ti me he sentido feliz de haberte servido de refugio y de apoyo, pero mis sentimientos por ti son cada vez más fuertes, y… en fin, tengo miedo, la verdad.

—¿De qué Anna?, ¿de qué tienes miedo?

—De acabar con el corazón roto cuando te marches.

—Anna…

—Sé que ahora mismo, con todos los problemas que tienes, no puedes pensar en iniciar una relación seria, pero yo quiero un futuro para Jack y para mí, y tú sencillamente no estás…

No supo cómo terminar la frase. ¿No estaba qué?; ¿preparado?, ¿enamorado?

Grant la tomó suavemente por los hombros.

—Lo siento muchísimo, Anna. Ojalá pudiera darte lo que necesitas; lo que te mereces murmuró sacudiendo tristemente la cabeza. —Dios sabe cuánto me gustaría; pero en estos momentos…

—No hace falta que lo digas —lo cortó ella—… y, francamente, no quiero escucharlo.

Grant asintió y dejó escapar un suspiro.

—No estoy seguro de sentirme cómodo siendo parte del clan Ashton. Demasiadas sorpresas; demasiados secretos…

—Lo sé.

Grant la miró a los ojos.

—Y llevo la sangre de ese bastardo en mis venas. ¿No te asusta eso un poco?

—No, por supuesto que no.

—Pues a mí sí; la sola idea me da pánico —masculló él dejando caer las manos.

—Grant, tú no te pareces en nada a él —le dijo Anna.

—No lo sé; ya no sé quién soy.

—Yo sí lo sé —contestó ella muy seria—… pero eres tú quien tiene que averiguarlo.

Grant apretó la mandíbula.

—Sin tu ayuda, ¿quieres decir?

—Eso es muy egoísta por tu parte —le espetó ella dolida.

—Supongo que sí, pero no puedo evitar ser egoísta en lo que respecta a ti murmuró él acariciándole la mejilla. —Eres una maravillosa mujer, Anna.

—Tengo que irme —musitó ella.

—Deja que te acompañe.

—No es necesario —replicó Anna—. Además, aunque digas que no necesitas tiempo para pensar, sí creo que deberíamos darnos un respiro el uno al otro, dejar de vernos durante un tiempo —añadió. Se volvió hacia donde estaba Jack—. Vamos, cariño; volvemos a casa.

El chiquillo fue corriendo hasta ellos y Anna lo tomó de la mano.

—Adiós, Grant —se despidió de él el chiquillo mientras se alejaba con Anna en dirección a la cabaña.

—Adiós, Jack, luego te veo —le dijo a Jack, y luego, en un tono muy serio, añadió—: luego os veré a los dos.

Anna fingió no haberlo oído y no se detuvo. ¿Por qué?, ¿por qué tenía que ponerle Grant las cosas tan difíciles?

Grant tiró de las riendas para que su montura se detuviera. Era una sensación maravillosa estar de nuevo a lomos de un caballo, se dijo dándole unas palmadas en el cuello al animal, mientras éste resoplaba. Había estado cabalgando por los extensos terrenos de la finca, y el azote del frío viento en el rostro le había hecho sentirse vivo y libre de nuevo.

Sin embargo, por mucho que tratara de imaginarse que estaba en sus tierras, en Nebraska, el aroma que flotaba en el aire, el aroma de las viñas, era muy diferente. No, ni con toda la imaginación habría podido abstraerse de la realidad, de que estaba en California, en la finca de Caroline, lo único que Spencer no había podido arrebatarle.

Spencer Ashton… Sólo pensar en su nombre le hacía sentir repugnancia. Aquel canalla había hecho daño a tantas personas… Y sin embargo, sorprendentemente, en medio del dolor que había sembrado y de sus mentiras, aquéllos a los que les había dado la espalda se habían unido y se apoyaban unos a otros. Se rió amargamente para sus adentros pensando en lo irónico que resultaba aquello. ¿Estaba sintiéndose agradecido hacia el por haber hecho indirectamente que entraran Anna y Jack en su vida?

No tenía respuesta para esas preguntas. En Nebraska había llevado una vida sencilla, predecible, sin sobresaltos… Sólo en esos momentos lo apreciaba de verdad.

Sin embargo también había cosas allí, en California, que echaría

en falta cuando regresase, y eran esas personas: sus hermanastros, Caroline y Lucas, también a Jack y a Anna.

Anna… Esbelta, alta, y con unos enormes ojos castaños tan profundos que a veces cuando la miraba sentía que le gustaría zambullirse en ellos y olvidarse de todo. Jamás había sentido por ninguna mujer lo que sentía por Anna, pensó mientras admiraba la puesta de sol. De hecho estaba casi seguro de que ella sentía lo mismo por él. Dios, ¿acaso no se lo había dicho?

Sin embargo Anna buscaba a un hombre que quisiera ser su marido y un padre para su pequeño, y él, el Grant Ashton al que habían mentido, al que su padre había abandonado, el Grant Ashton que había sido encarcelado por un delito que no había cometido, no se sentía preparado para comprometerse.

Además había sido testigo de demasiados casos de parejas que habían acabado odiándose, que habían dejado de quererse, que se habían traicionado por motivos egoístas, y también había visto cómo habían sufrido los hijos de esos matrimonios. De hecho su propio padre lo había abandonado, y luego su hermana había abandonado a sus hijos.

No, no quería arriesgarse a que eso le ocurriera a él; no quería que Anna y él acabasen detestándose, ni quería hacerle daño al pequeño Jack, y por eso sentía que debía volver a Nebraska, pero por otro lado la idea de dejarlos atrás se le hacía insoportable.

—No me gusta pedir favores, pero es que me encuentro fatal —le dijo Anna a Jillian, haciéndose a un lado para dejarla entrar en la cabaña.

No te preocupes, mujer; dime en qué puedo ayudarte.

Anna, que se había envuelto en una manta, cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—Debo haber pillado algún virus y no quiero contagiar a Jack. ¿Podrías llevártelo contigo para que pase la noche con vosotros?

—Pues claro; no hay problema —respondió Jillian—. Pero ¿quién cuidará de ti?

—Tranquila, me las apañaré. ¿Seguro que no es molestia?

—Por supuesto que no. Rachel se va a poner como loca cuando vea a Jack. Le encanta jugar con él —replicó Jillian—. ¿Por qué no dejas que le pida a mi madre que te lleve luego algo de comer? No sé, un poco de sopa, o… —No es necesario, de verdad; me las

apañaré— insistió Anna—. Tengo restos en la nevera.

—Está bien, como quieras, pero prométeme que si te sientes peor me llamarás, ¿de acuerdo? Anna esbozó una media sonrisa.

—Lo prometo —le dijo. Se volvió hacia Jack, que estaba sentado en la alfombra con unos juguetes—. Ven, Jack —lo llamó—. Esta noche vas a pasarla en casa de la tía Jillian.

El niño se levantó y fue con ella, pero la miró preocupado.

—No pasa nada, cariño; será sólo una noche.

—«Beno» —murmuró el niño—. Te «quero» —añadió sonriendo.

—Y yo a ti, tesoro.

Después de que Jillian y el pequeño se hubieran marchado, Anna se dejó caer en el sofá. Le dolían los músculos y tenía el estómago como si hubiese montado varias veces seguidas en una montaña rusa.

Durante lo que le parecieron horas estuvo allí echada, dándose la vuelta una y otra vez porque en ninguna postura estaba cómoda.

De pronto llamaron a la puerta, y aunque no tenía ganas de ver a nadie la preocupación la invadió al temerse que pudiera ser Jillian con Jack. Sin embargo, cuando se levantó y fue a abrir, para su sorpresa se encontró con Grant.

—Y decías que estabas bien… —masculló frunciendo el ceño al verla.

—¿Eso dije?

Grant ignoró su sarcasmo.

—¿Por qué diablos no me has llamado?

—Ya sabes por qué.

—Déjame pasar.

—No.

—Anna…

—No es nada grave, Grant; estoy segura de que no es más que un virus.

Grant enarco una ceja.

—¡Vas a dejarme entrar! o ¿voy a tener que alzarte en volandas para pasar y llevarte a la cama?

—Estás comportándote de un modo ridículo.

—Y tú estás comportándote como una niña obstinada.

Anna finalmente se echó a un lado.

—Muy bien, pasa si quieres. No me siento con fuerzas ni para

discutir masculló. —Oh, Dios, tengo hasta náuseas…— murmuró llevándose una mano a la boca y apoyándose en la pared.

Grant cerró la puerta y la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

—Mi pobre Anna… —susurró contra su cabello—. Lo que tú necesitas en este momento es que cuiden de ti y que te mimen.

La calidez de su cuerpo y sus fuertes brazos la hacían sentirse segura, pero Ana sabía que seguir aferrándose a él sólo haría las cosas más difíciles cuando tuviesen que separarse.

—Esto no es una buena idea, Grant —murmuró, con la cabeza apoyada lánguidamente en su hombro.

—No seas tonta —replicó él—. Estando enferma como estás, te doy mi palabra de que lo único que voy a hacer es cuidar de ti, y de que mantendré las manos quietas.

La condujo al sofá y la hizo tumbarse de nuevo.

¿Qué te notas?

—Pues tengo calor, pero también escalofríos, tengo náuseas, y me siento débil.

Grant se sentó en la mesita que había frente al sofá.

—¿Has comido alguna cosa que pudiera estar en mal estado?

—No que yo sepa. Probablemente sea la gripe.

Grant se quedó mirándola en silencio, y de pronto frunció el ceño. —Anna…

—¿Qué?

—Quizá no sea la gripe.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… —comenzó a decir él tomándole la mano—… hace ya casi un mes desde la última vez que hicimos el amor, y quizá las náuseas y el que también te sientas débil.

«¡Oh, por amor de Dios!», pensó Anna. Sacudió la cabeza.

—Grant, es imposible…

—Vamos, Anna, claro que es posible.

—Te digo que no —insistió ella obstinadamente, apartando el rostro.

Como si no la hubiese oído. Grant se inclino hacia delante y le acaricio el cabello.

_ ¿No crees que podría ser eso, Anna?. ¿Qué quizá estés embarazada?

Capítulo 2

En ese momento, al hacerle esa pregunta Anna, su vida entera pasó ante sus ojos, sus cuarenta y tres años de vida. Desde el momento de su nacimiento hasta el presente. Recordó su niñez, sin la figura de un padre, recordó a su madre, que tan duramente había trabajado para poder sacarlos adelante, recordó a sus abuelos, que les habían dado un hogar… y recordó a su rebelde hermana, Grace, que tras la muerte de su madre se había vuelto incontrolable, había dado a luz a dos hijos, y los había abandonado, fugándole con un desconocido.

Grant bajó la vista al vientre de Anna. Siendo aún muy joven él había tenido que pasar a *ser* un adulto de la noche a la mañana y ejercer de padre con sus sobrinos. Se sentía orgulloso de las grandes personas en que se habían convertido, pero no estaba seguro de poder pasar por eso de nuevo; no estaba seguro de querer pasar por eso de nuevo.

—Te digo que no —insistió ella obstinada mente, apartando el rostro.

Como si no la hubiese oído, Grant se inclinó hacia delante y le acarició el cabello.

—¿No crees que podría ser eso, Anna? ¿Que quizá estés embarazada?

—¿Grant?

Alzó la vista hacia Anna.

—Borra la tensión de tu rostro; no estoy embarazada.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Siempre hemos tenido cuidado.

—Sí, pero estas cosas pasan —insistió él—. Los preservativos a veces se rompen… sobre todo cuando dos personas se dejan llevar un poco por la pasión.

—¿Sólo un poco? —repitió ella, esbozando una leve sonrisa, como si hasta hacer eso le costase un gran esfuerzo.

Grant se inclinó y le acarició el cabello.

—Estas muy pálida.

—Por favor, deja ya de hacerme cumplidos; vas a hacer que me sonroje.

Grant se rió suavemente y se inclinó un poco más para besarla en la frente, que estaba perlada de sudor.

—Vas a acabar contagiándote, ya verás.

—Pues claro que no —replicó él sonriendo y apartando un mechón pelirrojo de su rostro—. Y si me pongo enfermo, como tú ya te habrás recuperado, cuidarás tú de mí.

Nuevos escalofríos volvieron a invadir a Anna, que cerró los ojos y se subió la manta hasta la barbilla. —Deberías echarte— dijo Grant.

—Ya estoy echada.

—Quiero decir en la cama.

—Pues sí, pero la cama está demasiado lejos y no tengo ganas de moverme.

—No está tan lejos —replicó él suavemente.

Se puso de pie y deslizó las manos por debajo de ella para alzarla en volandas.

—Escucha, Grant —le dijo Anna mientras la llevaba a la habitación—. Agradezco que quieras ayudarme; de verdad, pero sé cuidar de mí misma.

—¿Quieres parar ya con eso? —le espetó él exasperado—. Estás débil y enferma, y si estas… bueno, si estás embarazada…

—Te digo que es imposible —insistió ella una vez más.

Quizá no lo estuviera, admitió Grant para sus adentros, pero no iba a dejarla sola en el estado en que estaba.

—Tendremos que esperar un poco para saber si lo estás o no. Lo que quiero decir es que no tienes que preocuparte por ello; no con todo lo que tienes encima ahora mismo y…

—No estoy preocupado —la cortó él depositándola en la cama.

Sin embargo no era verdad; sí que lo estaba. Y por varias razones. Había criado a sus sobrinos Ford y Abigail y estaba orgullosísimo de ellos, pero las cosas habían cambiado mucho desde que llegara a California; él había cambiado. El rechazo de su padre hacia él, su asesinato, sus mentiras acerca del pasado, el que lo hubieran encerrado en prisión durante varias semanas… Todo aquello había trastocado su tranquila y sencilla existencia y no estaba seguro de qué futuro le esperaba, de si atraparían al asesino o si la policía seguiría intentando demostrar que era él el culpable.

Bajó la vista hacia Anna. Se había quedado dormida. Sus mejillas estaban teñidas de un ligero rubor y parecía que le costara trabajo respirar. Le subió un poco más el edredón y se quedó mirándola pensativo. A pesar de que tenía otras preocupaciones aquélla era mucho más importante. Si Anna estuviese embarazada quedaría ligado a ella de por vida, y lo cierto era que la idea lo ilusionaba y lo aterraba a la vez.

Anna tomó a Jack en brazos y echó a correr por el callejón. Alguien estaba siguiéndola. Aminoraba el paso cuando ella lo aminoraba; lo apretaba cuando ella lo apretaba.

El corazón le latía con fuerza en el pecho y su frente estaba empapada en sudor.

De pronto tropezó con algo y cayó de bruces al suelo con Jack. Una sensación de pánico se apoderó de ella. Se puso en pie, tomó de nuevo al chiquillo y empezó a correr otra vez.

Podía oler el aroma empalagoso de la colonia del hombre detrás de ella; debía estar muy cerca.

—¡Márchese! —le gritó jadeante sin volver la cabeza ni dejar de correr—. ¡Jack es mío!, ¡mío!

Al hombre le faltaba el aliento, igual que ella, pero tampoco se detuvo.

—¡No me lo quitará!; ¡no dejaré que le ponga las manos encima!

—¡Anna!. ¿Anna, me oyes?

Anna chilló y se retorció, intentando zafarse de las manos que la tenían agarrada por los brazos. —Anna, despierta, estás soñando.

Abrió los ojos. Estaba sentada, con el corazón desbocado y el rostro bañado en sudor. Parpadeó, tragó saliva, y al alzar la vista se encontró con los ojos verdes de Grant mirándola preocupados.

—¿Grant? —lo llamó en un susurro. Luego dejó escapar un

suspiro de alivió y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Estabas teniendo una pesadilla? —dijo él.

—Sí; era él otra vez.

—¿Spencer?

—Quería quitarme a Jack.

—Era sólo un sueño —la tranquilizó él acariciándole la espalda —. Ya no puede haceros daño; ni a ti ni a él.

Anna se apartó de él y se llevó una mano a la frente.

—Creo que tengo fiebre; estoy sudando.

—Lo sé —respondió él. Tomó una botella de agua de la mesilla de noche y le puso un par de comprimidos en la mano—. Ten, tómate esto.

—¿Qué son?

—¿Qué más da eso ahora?; tómatelos.

Demasiado cansada y débil para discutir Anna hizo lo que decía. Volvió a tumbarse a taparse, pero pronto el calor que sentía se hizo tan sofocante que se incorporó otra vez y empezó a quitarse la ropa.

—Anna, ¿qué…?

—Tengo mucho calor; mucho calor… —murmuró ella.

Sin embargo, el solo sacarse por la cabeza la camiseta le costó un horror. Le dolía mucho.

—Deja que te ayude, cariño —le dijo Grant suavemente, apartando las sábanas. A pesar de lo mal que se encontraba, Auna no pudo reprimir una sonrisa. Le encantaba que la llamara así. Sólo lo había hecho tres veces; dos cuando habían hecho el amor, y la tercera esa noche. Le gustaría que la llamase así siempre.

Grant le desabrochó el sujetador, se lo quitó, la tendió y le bajó los pantalones y las braguitas al mismo tiempo. Anna suspiró aliviada cuando sintió el aire rozar su piel, pero apenas habrían pasado diez segundos cuando empezó a tiritar.

—Ahora estoy helándome —musitó—. Oh, Grant, me duelen todos los músculos; me duele hasta el pelo.

Grant la volvió a tapar y remetió las sábanas por los lados.

—Mmm… mejor —murmuró ella, pero al poco empezaron a castañetearle los diente»—. No, vuelvo a tener frío…

Le pareció oír el ruido de una cremallera, y al abrir los ojos vio que Grant estaba desvistiéndose.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Voy a meterme en la cama contigo.

—Pero, Grant… no puedo; ¡esta noche! No…

—Sss… No voy a hacer nada de eso; sólo quiero darte calor —le dijo él suavemente—. Ya verás; enseguida te sentirás mejor.

Se metió en la cama y se apretó contra la espalda de Anna, la rodeó con un brazo, y pronto ella sintió cómo la envolvía su calor.
—Y ahora duérmete, cariño— le susurre Grant.

Anna se relajó, cerró los ojos, y al poco rato se quedó dormida de nuevo.

Eran las tres de la madrugada y Grant acababa de darle otros dos comprimidos de un antipirético a Anna, que se había vuelto a dormir. Estaba empezando a creer que verdaderamente lo que tenía era un virus. No era médico, pero que él supiera las embarazadas no tenían escalofríos ni fiebre.

Debería sentirse aliviado de que no estuviese embarazada, pero extrañamente no era así.

Anna se movió a su lado, murmurando algo en sueños. La besó en el cabello, cerró los ojos, e intentó volver a dormirse, pero el sueño se negaba a acudir.

Además sus manos ansiaban recorrer el cuerpo de Anna, pero no de un modo sexual sino posesivo, y en cierto modo eso lo asustaba. Con todo no pudo resistirse. Una de sus manos, que yacía sobre el estómago de ella, se deslizó hacia su vientre y se sintió culpable, confuso, y algo avergonzado por querer algo que no debería querer. Sin embargo no apartó la mano y se durmió así, acurrucado contra su espalda y con la mano en su vientre.

Capítulo 3

Cuando Anna se despertó, los rayos del sol entraban ya por la ventana. Se sentía mejor. No completamente bien, pero al menos la fiebre había desaparecido y ya no tenía dolores. Lo que sí tenía era un hambre tremenda. Todavía dormido junto a ella yacía Grant. Las sábanas cubrían sólo parcialmente el cuerpo musculoso y bronceado, su cabello castaño estaba revuelto, y el rostro mostraba una sombra de barba que le daba un aire muy *sexy*.

Anna apretó la mejilla contra la almohada y una sonrisa afectuosa se dibujó en sus labios. Grant podía ser cabezota y siempre quería salirse con la suya, pero también era el hombre más bueno y generoso que había conocido en toda su vida.

¿Era soñar demasiado querer que dejase atrás el pasado y que se deshiciese de sus miedos para que pudiesen tener un futuro juntos?

Extendió una mano y le acarició levemente el labio inferior con el índice. Al ver que no se despertaba dejó que su dedo descendiera hacia su barbilla, que bajara después por su cuello, que se adentrara en la suave maraña de vello que alfombraba su ancho tórax…

—Si sigues acabaré olvidándome de que estás enferma —dijo la voz adormilada de Grant.

Anna alzó la vista y lo vio frotándose los ojos.

—¿Te he despertado? —le preguntó riéndose suavemente.

Grant le sonrió.

—¿A ti qué te parece?

—Lo siento.

—No es verdad; y yo tampoco lo siento.

Anna sonrió también y se miró en sus ojos verdes, deseando para sus adentros que Grant pudiese hacerle un hueco en su corazón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él acariciándole el brazo.

—Mejor.

—¿Seguro?

—¿No tengo mejor aspecto? —Le picó ella con una sonrisa traviesa—. Imagino que ahora mismo ya no estoy tan pálida como estaba ayer.

—No; lo que estás es increíblemente *sexy*.

—¿De veras?

—De veras. Y si no salgo pronto de esta cama voy a acabar haciendo cosas que no debo.

—¿Como qué? -Le preguntó ella riéndose.

Grant sonrió.

—Sabes muy bien a qué cosas me refiero.

Anna echó hacia abajo las sábanas, rodeó con una pierna la cintura de Grant y al hacerlo notó su miembro endurecerse contra su pubis.

—Creo que me hago una idea… —susurró.

El deseo oscureció los ojos de Grant, que subió una mano por el muslo de ella y le apretó la nalga.

—Estás loca, Anna.

—Lo estoy; loca por ti.

Anna le rodeó el cuello con los brazos y sus labios se posaron sobre los de él. Mientras lo besaba, lenta y suavemente, de la garganta de Grant escapó un gruñido, y sus manos se cerraron sobre sus nalgas para apretarla contra él.

Anna sintió que una ola de calor la invadía, y se movió para frotarse contra su creciente erección.

Grant comenzó a moverse también, y el beso se volvió más apasionado.

—Mmm… —murmuró Anna extasiada, notando que estaba empezando a derretirse por dentro.

Grant introdujo la lengua en su boca, explorando cada rincón al tiempo que Anna seguía frotándose contra él.

Se sentía algo mareada, probablemente porque apenas había comido nada en las últimas veinticuatro horas, pero los besos de Grant eran todo lo que necesitaba.

Mientras seguían besándose, Anna notó los fuertes latidos del corazón de Grant, y se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella, si también querría hacer el amor.

En ese mismo instante Grant despegó sus labios de los de ella y bajó la cabeza hacia su pecho. Anna emitió un gemido ahogado cuando comenzó a dibujar círculos en torno al pezón con la lengua. El corazón le latía contra las costillas y estaba empezando a notarse húmeda de deseo entre las piernas. Grant la hizo rodar con él para colocarse sobre ella, y deslizó una mano entre sus muslos al tiempo que se apoderaba otra vez de sus labios. Anna se puso tensa y alzó las caderas cuando empezó a tocarla allí abajo.

Anna siempre se había considerado tímida en la cama y fuera de ella, pero Grant la hacía olvidarse de sus inhibiciones, la hacía liberarse como mujer. Un largo dedo se introdujo en su interior y Anna jadeo. Sus músculos se contrajeron y sus rodillas se doblaron involuntariamente mientras Grant aprovechaba la humedad que se había formado en su vagina para hacer que su dedo se deslizara dentro y fuera de ella.

Anna alzó la vista y lo encontró mirándola, sus ojos verdes oscurecidos por el deseo. Le gustaría tanto ver algún día en ellos algo más que eso, se dijo. Sin embargo sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando otro de los dedos de Grant se unió al primero, llegando aún más adentro. Al tiempo que sacudía sus caderas hacia delante, las manos de Anna se aferraron a las revueltas sábanas. Segundos después las primeras oleadas del orgasmo la invadieron, y profirió un intenso y largo gemido.

—Anna, cariño, me haces perder el sentido… —le susurró Grant.

Su cuerpo palpitaba aún por los coletazos del éxtasis que había alcanzado, pero Anna quería más.

—Hazme tuya —le dijo jadeante, bajando la mano por su pecho desnudo para alcanzar su pene.

—No, espera.

—¿Qué?

—En otra ocasión.

—Pero, Grant…

El le impuso silencio con un beso mientras le apartaba la mano de su palpitante miembro.

—Anna, quería darte placer, pero no te encuentras bien y no

quiero que te pongas peor, ¿de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo en absoluto.

Grant se incorporó, quedándose sentado sobre el colchón.

—Tenemos mucho tiempo por delante.

Anna habría querido espetarle que eso era mentira, que a lo sumo debían quedarles unas cuantas noches juntos, porque él pronto volvería a Nebraska, donde estaba su vida.

Lo observó apesadumbrada mientras se bajaba de la cama y se ponía los vaqueros y la camisa.

—¿Adonde vas?

—Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con uno de los empleados de Spencer.

Anna enarcó las cejas sorprendida.

—¿Vas a San Francisco?

—Sí.

La preocupación reemplazó los pensamientos sombríos que habían ocupado la mente de ella hacía unos momentos.

—Grant, ¿por qué no dejas que la policía se encargue de eso? —le preguntó con un suspiro.

—Porque no puedo.

—¿Y si te metes en problemas?

Grant se volvió hacia ella con una expresión entre decidida y exasperada. —Escucha, Anna, hasta que todo esto se resuelva no me sentiré libre para poder hacer lo que quiera.

—¿Como volver a Nebraska?, ¿es eso lo que quieres decir?

—Exacto.

Anna sintió una punzada en el pecho.

—Aun así no entiendo por qué sigues con esto cuando retiraron los cargos de asesinato contra ti.

—Aunque los hayan retirado la policía sigue vigilándome y mis hermanastros se han portado muy bien conmigo, pero estoy seguro de que en el fondo aún tienen sus dudas.

—Eso es ridículo. Además la investigación del caso ha dado un giro con el dibujo que la policía nos enseñó y el chantaje que le estaban haciendo a Spencer para sacarle dinero.

—Eso díselo al condenado detective que lleva el caso. A mí me parece que sigue convencido de que yo tuve algo que ver —replicó

él con aspereza. Sin embargo, al momento la expresión de su rostro se suavizó y le dijo—: Es sólo que siento que esto es algo que tengo que hacer. Lo comprendes, ¿verdad? Murmuró antes de agacharse para besarla.

Se quedó inclinado, como esperando a que ella le diera a entender de algún modo que sí. Anna esbozó una sonrisa y puso una mano en su mejilla. —Lo comprendo. Buena suerte, Grant; espero que ese hombre pueda decirte algo que no sepamos.

Él volvió a besarla.

—¿Cuándo podré volver a verte?

—¿Esta noche? —sugirió ella.

Grant sonrió.

—¿Y qué ha sido de eso que me dijiste de que necesitabas un poco de espacio? Cierto, se dijo Anna. ¿Tan pronto se había olvidado de la decisión que había tomado para evitar que Grant le rompiera el corazón? Parecía que se había esfumado en el instante en que se había metido en la cama con ella la noche anterior, y le había dado calor con su cuerpo desnudo.

—En realidad no lo decía por mí, sino por ti.

—Pues deja de preocuparte por mí —la increpó él con una de sus irresistibles sonrisas.

Anna no pudo evitar sonreír también. Era una locura, y acabaría con el corazón hecho pedazos, pero estaba enamorada de Grant.

—Entonces… ¿nos vemos esta noche? —le preguntó de nuevo—. Podrías venir a cenar.

—¿Estás segura de que quieres que quedemos esta noche? Si no te sientes con fuerzas.

—No, estoy mejor; de verdad.

—Bueno, pero no hace falta que cocines. Podría comprar alguna cosa y… —Ni hablar— replicó ella incorporándose para sentarse—. Tengo más energías de las que he tenido en los últimos tres días y me apetece cocinar.

Grant sonrió.

—Siendo así… ya sabes que adoro tus comidas.

«Y yo te adoro a ti», pensó Anna.

—Estaré aquí sobre las seis —le dijo él inclinándose para besarla una última vez antes de dirigirse a la puerta y salir de la habitación.

—Tiene sus mismos ojos.

Al próximo que volviera a decirle aquello le pegaría un puñetazo, pensó Grant. Era natural que guardase algún parecido físico con Spencer, que al fin y al cabo había sido su padre, pero, cuando menos, era irritante que se lo recordaran.

—Bueno, la mirada es muy diferente, claro está, pero el color es idéntico añadió el hombre sentado frente a él tras su escritorio.

Se llamaba Young Pritchard, rondaría los cuarenta, y era el único empleado de Spencer, de la compañía Ashton-Lattimer, que había accedido a recibirlo. —Quiero decir que… en fin, no veo en sus ojos la arrogancia del difunto señor Ashton.

¿Spencer arrogante? Grant reprimió el impulso de echar la cabeza hacia atrás y poner los ojos en blanco. Lo que necesitaba era que aquel tipo le dijese algo que no supiese; que le diese información que le fuese útil, como el nombre de algún empleado de la compañía que pudiese haber tenido algo contra Spencer.

—¿Sabe?, en varias ocasiones me habló de usted, de su primer hijo —continuó Young al ver que no decía nada.

—¿Ah, sí? —respondió él.

Lo cierto era que no era algo que le interesase en lo más mínimo. Ni siquiera sentía curiosidad por lo que le hubiese dicho.

—Sí. Claro que yo siempre pensaba que se refería al Eli, el hijo mayor de Caroline Lattimer, ya que entonces nadie sabía que había estado casado anteriormente —dijo Young negando con la cabeza —. Probablemente era a Eli a quien se refería —contestó Grant.

Dudaba que Spencer hubiese vuelto a dedicarles un solo pensamiento a su madre, a su hermana, o a él.

Young entornó sus pequeños ojos azules.

—No lo creo. Usted tiene una hermana melliza, ¿no?

—Um… sí, así es —asintió Grant sorprendido.

—Entonces era a usted a quien se refería. A ella sólo la mencionó una vez, poco antes de que lo asesinaran, y en realidad fue más bien como si estuviera hablando en voz alta consigo mismo. Dijo algo así como que eran como dos gotas de agua, pero que en lo demás no se parecían en nada.

Grant apretó la mandíbula.

—De hecho —añadió Young—, se refirió a ella con un «de tal palo tal astilla», pero no como si se sintiera orgulloso de que fuera como él. Más bien yo diría que en su tono había un cierto sarcasmo.

Aquella conversación no iba a ninguna parte, se dijo Grant una vez más. Necesitaba alguna pista sobre el hombre que había pagado a la chica que había dicho a la policía que lo había visto salir de allí la noche del crimen. Y necesitaba averiguar quién había estado chantajeando a Spencer, y por qué. —Con todo el respeto, señor Young, no he venido aquí a hablar de Spencer ni de mi hermana— le dijo Grant—. ¿No puede decirme algo que pueda serme de ayuda?, ¿no recuerda haberlo visto discutir con algún trabajador? El hombre frunció los labios y negó con la cabeza a modo de disculpa. —Me temo que no. El señor Ashton no era un hombre muy apreciado, pero no sé de nadie en esta empresa que quisiera verlo muerto.

Grant se puso de pie y le tendió la mano.

—En ese caso no le haré perder más tiempo. Gracias de todos modos por recibirme.

—No hay de qué —respondió el hombre estrechándole brevemente la mano.

Minutos después, Grant entraba en el ascensor y bajaba a la primera planta. Sabía que el detective Ryland estaría fuera, con su coche aparcado en algún lugar cercano para seguir sus movimientos.

Una profunda irritación se apoderó de el. No había conseguido averiguar nada y encima iba a tener a aquel dichoso policía «escoltándolo» de regreso a Las Viñas.

En ese momento sintió deseos de subirse a un avión y volver a Nebraska, a donde pertenecía. Allí estaba todo lo que conocía, allí llevaba una vida sin complicaciones y tenía a su sobrino y a su sobrina, que eran como hijos para él, pues los había criado.

Y sin embargo… Sin embargo eso significaría dejar atrás a Anna y al pequeño Jack. Era libre de marcharse, nadie se lo impedía, pero sentía que no podía hacerlo; aún no.

Anna había ido a la ciudad a hacer unas compras y sobre la encimera de la cocina de la cabaña había tomates, ajos, y albahaca fresca para hacer una salsa al pesto, pollo, y una cesta con manzanas. Aquella imagen tan hogareña la hizo sonreír.

Se había esforzado por hacer un lugar acogedor del minúsculo apartamento de San Francisco en el que habían vivido hasta entonces Jack y ella, pero con su trabajo de profesora apenas había

tenido tiempo para hacer comidas caseras.

Tomó una de las manzanas, se puso a pelarla, y bajó la vista al pequeño Jack, que estaba en el suelo mirando los dibujos de un libro de cuentos.

La vida de ambos había cambiado por completo desde que Caroline los acogiera en Las Viñas, y sabía que tenía que saborear cada instante mientras durase. En el tiempo que llevaban allí había podido disfrutar cocinando todo lo que había querido. En algunos momentos echaba de menos su trabajo, pero el poder estar más tiempo con Jack lo compensaba todo.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

El chiquillo enarcó las cejas.

—¿Lees?

Anna sonrió. Siempre que Jack le pedía que le leyese dejaba lo que estaba haciendo e iba con él, así que se sentó en una de las sillas de la cocina y le tendió una mano para que le diera el libro. El niño sonrió ampliamente y se encaramó sobre su regazo.

Anna comenzó a leerle cuento tras cuento, y al cabo de unos minutos a Jack empezaron a cerrársele los ojos, así que Anna lo llevó a la cuna para que durmiera su siesta antes de volver a la cocina y continuar con el pastel de manzana que había estado preparando.

Justo estaba forrando el molde con la masa cuando llamaron a la puerta. Se limpió las manos en el delantal y fue a abrir.

—Qué pronto llegas —dijo al ver a Grant, y frunció ligeramente el entrecejo al ver lo serio que estaba.

—No había apenas tráfico —respondió él encogiéndose de hombros antes de pasar—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien; estupendamente —contestó ella cerrando la puerta.

Grant esbozó una leve sonrisa.

—Se te nota; tienes mucho mejor aspecto —le dijo inclinándose para besarla en los labios—. ¿Y Jack?

—Durmiendo su siesta —respondió Anna apoyando la espalda en la puerta.

Grant avanzó hacia ella y puso las manos en su cintura.

—Mmm… Entonces es casi como si estuviéramos solos… —murmuró deslizando una rodilla entre sus piernas.

—Casi —asintió ella conteniendo el aliento.

Grant se inclinó hacia delante y Anna creyó que iba a besarla, pero en ese momento Jack empezó a llamarla desde el dormitorio.

—Me parece que no tiene muchas ganas de dormir —dijo Grant con una sonrisa.

—Los niños son así, impredecibles —contestó ella filosófica, sonriendo también.

Fueron a sacar al pequeño de su cuna, y se fueron los tres a la cocina, donde Anna continuó con la preparación del pastel mientras Jack y Grant jugaban en el suelo con unos bloques de construcción.

Anna los observó con una sonrisa afectuosa. Era una escena tan hogareña… Se preguntó qué habría pasado si de verdad hubiese estado embarazada; si el malestar que había tenido no hubiera sido un virus.

¿Se habría quedado Grant con ellos?, ¿habría querido formar una familia con Jack y con ella? ¿Le habría pedido quizá que se casase con él?

Se volvió de nuevo hacia la encimera y tragó saliva apesadumbrada. Pensar en todo aquello no tenía sentido. Al igual que soñar con el amor de Grant, la posibilidad de que pudiera quedarse embarazada era muy remota. Tenía que poner los pies en el suelo; tenía que olvidarse de Grant.

Capítulo 4

Una media hora después, mientras Anna preparaba el pollo y la salsa al pesto, Grant estaba jugando fuera con Jack.

Hizo rodar la pelota por una suave pendiente, y observó con ternura cómo el chiquillo corría tras ella en medio de alegres risitas infantiles. Cuando el niño la alcanzó y la alzó con sus manitas para enseñársela, Grant sonrió y aplaudió.

Aquello le recordó a la niñez de Ford y Abigail. Por aquel entonces él no había sabido nada de críos, pero había aprendido rápidamente. En poco tiempo se había hecho a preparar sándwiches de mantequilla de cacahuete, a leerles cuentos antes de dormir, había aprendido lo que tenía que hacer cuando se ponían enfermos… y también a no quejarse nunca, aunque hubiese habido momentos en que se habría tirado de los pelos. No había sido fácil criarlos, pero se sentía muy orgulloso de haberlo hecho.

—¡Eh, hola!

Grant giró la cabeza y vio a Eli dirigiéndose hacia él. Le sonrió y levantó la mano para saludarlo. Eli era un buen tipo, siempre dispuesto a ayudar.

—¿Qué hay, Eli?; ¿cómo te va?

Sin embargo su hermanastro no pudo contestarle porque en ese momento llegó Jack corriendo como un torbellino y se abrazó a las piernas de Grant.

Eli se echó a reír.

—Oye, podría ser un buen jugador de rugby —comentó divertido.

—«Ota» vez, «ota» vez —le dijo Jack a Grant, levantando del suelo su pelota de colores.

Grant se rió y apenas hubo hecho rodar de nuevo la pelota por la suave loma el chiquillo salió corriendo detrás con un gritito de alegría. —Los críos son maravillosos pero agotadores, ¿verdad?— dijo Eli.

—La verdad es que sí —asintió Grant—. Jack tiene mucha suerte de tener por madre a una mujer tan paciente como Anna.

—¿Cómo está, por cierto? He oído que había estado enferma.

—Pilló un virus, pero dice que ya se encuentra mejor —contestó Grant encogiéndose de hombros.

Eli entornó los ojos.

—¿«Ella dice»? —repitió.

—Bueno, no es que no la crea. Tiene muy buen aspecto… está estupenda, de hecho —se quedó callado un instante al ver la sonrisa maliciosa en los labios de Eli—. A lo que me refiero es a que ya no está tan pálida ni tan débil.

—Ya —dijo Eli—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo estás? Bueno, supongo que tú más que ninguno de nosotros estarás deseando que por fin atrapen al asesino de Spencer y que las cosas vuelvan a la normalidad.

—¿A la normalidad? —repitió Grant—. ¿Qué es eso?

Los dos se echaron a reír y en ese momento regresó Jack con la pelota. Grant la tomó cuando el niño se la tendió y, volviéndose hacia Eli, le preguntó:

—¿Te apetece jugar un poco al fútbol?

—¿Un partido entre hermanos? Me encantaría —asintió Eli.

Al oírle decir aquello a Grant se le hizo un nudo de la emoción en la garganta. Eli, sus hermanos, su madre, y Lucas parecían sentir un afecto sincero por él y se preocupaban por él, pero Grant aún no se sentía preparado para considerarse como parte de la familia porque en cierto modo seguía siendo sospechoso del asesinato de Spencer.

Además, el hecho de haber descubierto que su padre se había vuelto a casar en dos ocasiones y que había tenido otros hijos todavía se le hacía raro. Se sentía confuso y ya no sabía quién era ni si su hogar estaba allí o en Nebraska.

Mientras se pasaban la pelota entre los tres, Grant charló y

bromeó con Eli, y fue para él muy agradable poder olvidarse por un rato de los problemas. De hecho, estaba pasándolo tan bien que perdió la noción del tiempo hasta que Anna asomó la cabeza por la ventana de la cocina para llamarlos a cenar.

Grant tomó a Jack en brazos y se volvió hacia Eli.

—¿Te apetece quedarte a cenar con nosotros? Podríamos esperar para que vayas a buscar a Lara si quieres.

—Quizá en otra ocasión —respondió Eli—. Me da la impresión de que Anna te quiere para ella sola esta noche; si no me habría invitado ella misma.

Grant se rió algo azorado.

—Bobadas. Probablemente no te ha visto.

Eli esbozó una sonrisa traviesa.

—Ya, seguro. Hasta luego.

Grant frunció los labios, fingiéndose molesto porque lo picara de esa manera, pero luego se despidió de él con una sonrisa y, mientras Eli se alejaba, él se dirigió a la cabaña con Jack.

Con tres canciones de cuna y un suave beso en la frente Jack partió hacia el mundo de los sueños.

Anna salió de puntillas de su habitación y regresó al salón. Grant había encendido la chimenea y había puesto un par de platos con sendas porciones de tarta de manzana en la mesita que había frente al sofá, en el que estaba sentado con los primeros botones de la camisa desabrochados. Al entrar ella alzó la vista, sonrió, e hizo un ademán para que fuera a sentarse a su lado.

La escena no podía ser más atrayente, pensó Anna: su pequeño dormido y feliz en su cuna, Grant y ella a solas, un trozo de tarta de manzana, un poco de conversación, una pizca de romanticismo… Por un momento casi olvidó que dentro de poco Grant se marcharía.

Con una sonrisa algo triste se sentó junto a él. Grant le tendió uno de los dos platos y un tenedor.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien, estoy mejor.

—¿Seguro? No debes excederte con las tareas de la casa; podrías tener una recaída.

Ella asintió y Grant tomó un pedazo de tarta con su tenedor.

—Mmm… ¡Está buenísimo! Debo decir que eres una cocinera increíble —la elogió.

—Vaya, gracias —contestó ella divertida—. Y no sólo cocino; también sé zurcir, planchar… me gustan casi todos los deportes, y soy capaz hasta de fingir que también me gustan los que no me gustan. —Caramba, eres una auténtica joya— se rió él.

—Supongo que está feo que yo lo diga, pero sí, la verdad es que sí —ella continuó la broma—, y creo que algún día seré una buena esposa; ¿no te lo parece a ti también?

Grant, sin embargo, se puso serio de repente.

Dejó su plato en la mesita con un suspiro y le dijo muy solemne:

—Eres una mujer increíble, Anna, y cualquier hombre sería afortunado de tenerte a su lado.

Por un instante Anna pensó en volver a bromear para distender el ambiente, pero finalmente decidió ser sincera.

—Bueno, lo más importante para mí es el bienestar de Jack, y me gustaría que tuviera un padre, así que es algo que supongo que me plantearé antes o después.

—Lo comprendo —asintió él—. Mis sobrinos eran muy pequeños cuando mi hermana los abandonó, pero les afectó muchísimo. Tener un padre y una madre es algo muy importante para que un niño crezca feliz.

—Debió ser terrible para ellos; pobrecillos —murmuró Anna—. No me lo puedo ni imaginar.

—Fue bastante duro —asintió él apretando la mandíbula—. Durante dos años estuvieron preguntándome cada día cuándo iba a volver.

—Oh, Grant… —murmuró ella tomándole la mano y entrelazando sus dedos con los de él.

—Yo mismo no era más que un muchacho —dijo Grant—. No sabía nada de cuidar niños, pero procuré darles todo el amor posible, ser un buen padre para ellos.

—Y lo fuiste… aún lo eres —respondió Anna enternecida.

Grant nunca se había abierto a ella de aquel modo. Le gustaría que fuese así siempre. Los dos habían tenido un pasado similar, hermanas parecidas que no se habían preocupado más que de sí mismas y que habían dejado que otros cargasen con sus problemas.

Y a pesar de ello tanto Grant como ella se sentían culpables por no haber podido ayudarlas.

—Ojalá yo hubiese sido tan fuerte como tú —murmuró.

Grant frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De mi hermana Alyssa —respondió ella con voz queda—. Debería haber cuidado mejor de ella; haberla protegido de Spencer.

—Anna…

—No, es la verdad; era una cabeza loca, pero en el fondo tenía buen corazón. Estoy segura de que yo podría haber hecho algo, que si la hubiera mantenido alejada de él las cosas habrían sido distintas y…

Antes de que terminara la frase sin embargo, Grant tomó su mano y la hizo levantarse con él del sofá. Luego la condujo hasta el dormitorio de Jack, y se llevó un dedo a los labios antes de entrar para indicarle que no debían hacer ruido.

Cuando llegaron junto a la cuna del pequeño, iluminada suavemente por la luz de la luna que se filtraba a través de las finas cortinas, le susurró:

—Si hubieras mantenido a tu hermana alejada de Spencer no lo tendrías a él. Anna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y observó al niño con un nudo en la garganta. No había nada que pudiera contestar, se dijo mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Grant tenía razón.

Salieron en silencio de la habitación pero no volvieron al salón, sino que se quedaron en el pasillo mirándose el uno al otro.

—Gracias —le susurró Anna a Grant.

—¿Por qué? —inquirió él en un susurro también.

—Por recordarme lo que de verdad es importante: el futuro, el ahora… no el pasado.

—Sí, bueno. Supongo que es algo que los dos necesitamos que nos recuerden a menudo asintió él con una media sonrisa, bajando la vista a sus labios. Los ojos de Anna se sintieron atraídos como imanes también hacia la boca de él.

—Pues me parece que precisamente en este momento debería recordártelo yo a ti —murmuró.

Grant le había rodeado la cintura con los brazos y el calor que emanaba su cuerpo le hacía muy difícil resistirse a él.

—Lo sé.

—Pero tienes que dejar que lo haga.

Una expresión sombría cruzó de pronto el rostro de él.

—Oh, Anna… Es que para mí es tan difícil olvidar cuando los fantasmas del pasado siguen atormentándome cada día…

Los dos se quedaron callados, y en medio del silencio Anna únicamente podía oír los fuertes latidos de su corazón resonándole en los oídos.

—Será mejor que me marche —dijo Grant buscando sus ojos.

—No te has acabado el pastel —le recordó ella, sintiéndose como una tonta.

—Guárdamelo —respondió él apartando un mechón de su mejilla.

—¿Por cuánto tiempo?

Grant frunció el entrecejo y la miró sin comprender.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo quieres que te lo guarde? —repitió ella.

Si Grant no entendía que no estaba hablando del pastel es que estaba más ciego de lo que ella creía. Sin embargo cuando lo vio apretar la mandíbula supo que sí había entendido.

—Me gustaría poder darte una respuesta, Anna; lo siento —le dijo quitando las manos de su cintura y dando un paso atrás.

—Yo también lo siento —murmuró ella.

Se dirigieron de nuevo al salón, pero no volvieron a sentarse. Grant tomó su chaqueta y Anna lo acompañó a la puerta.

—¿Nos vemos mañana?

—No creo que pueda.

—¿Por qué no?

Anna abrió la puerta.

—Mañana es el picnic benéfico de Caroline.

Grant casi lo había olvidado. Caroline había decidido que iba a celebrar un picnic benéfico. Las mujeres prepararían cestas con comida que se subastarían, y quien ganase la puja de una cesta almorzaría con su dueña. —¿Jack y tú vais a ir?

—Sí.

—Entonces nos veremos, porque yo también voy a ir.

Anna lo miró llena de frustración. ¿Por qué se comportaba así? ¿No se daba cuenta de que estaba haciéndole daño? En ese momento la quería a su lado, pero a la vez le decía que no podía prometerle nada con respecto al futuro. No estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar aquello, hacer como si no fuese a

marcharse nunca cuando sabía que pronto lo perdería. Y lo peor… lo peor era que había instantes en que sus caricias y sus miradas le hacían pensar que sentía lo mismo que ella sentía por él.

—Pues hasta mañana entonces —le dijo forzando una sonrisa—. Creo que voy a aprovechar para empezar a preparar la comida para mi cesta del picnic de mañana. Estoy segura de que la subasta va a estar muy reñida y quiero ayudar a Caroline a recaudar mucho.

Grant sin embargo permaneció allí de pie, su mirada fija en ella, y dio un paso hacia Anna.

—¿Vas a hacer otro pastel de manzana?

Anna se encogió de hombros, intentando no pensar en lo mucho que le gustaba el olor de su colonia.

—Tal vez.

Grant se inclinó hacia ella y los labios de ambos quedaron a tan sólo unos centímetros. Anna creyó que iba a besarla, pero se apartó con una expresión en el rostro, como si estuviese irritado consigo mismo, y dio un paso atrás.

—Me siento como un adolescente cada vez que estoy contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero besarte todo el tiempo, acariciarte, sentir el peso de tus senos en las palmas de mis manos… Me pasaría la noche entera sentado contigo, hablando de todo y nada. Me gustaría volver a ser virgen y que mi primera vez fuera contigo —respondió. Se rió, algo azorado—. Debo parecerte un tonto. Anna no sabía qué pensar ni qué sentir. Sus palabras la hicieron derretirse, y sabía que aquello lo había dicho de corazón, pero la enfadaba que no se diese cuenta de que diciéndole esas cosas únicamente hacía que se sintiese más enamorada aún de él.

Grant volvió a dar un paso hacia ella y tomándola de la barbilla murmuró:

—Perdóname, Anna; es que es todo tan confuso… En Nebraska llevaba una vida sencilla, sin complicaciones… Estaba convencido de que nunca me casaría, que nunca encontraría a una mujer con la que quisiera…

Anna puso una mano en sus labios para imponerle silencio, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Creo que deberías irte ya.

—Anna…

Ella sacudió la cabeza. No quería seguir escuchándolo. Aquello era una tortura, y no sólo para ella, sino para los dos. El sexo era algo placentero, era una forma de escapismo que los ayudaba a escapar por un rato de sus problemas, pero hablar con el corazón de lo que uno deseaba era muy distinto.

Con los nudillos blancos por la fuerza con que estaba agarrando el pomo de la puerta, le dijo:

—Nos vemos mañana.

Grant aún se quedó allí de pie un momento, pero luego suspiró resignado, murmuró un hasta mañana y se marchó.

Capítulo 5

Hacía un tiempo perfecto: soleado, pero fresco, se dijo Anna mientras se dirigía con Jack de la mano a la casa de Caroline y Lucas para el picnic benéfico.

Al acercarse vio que en los jardines que rodeaban la vivienda se habían colocado mesas alargadas con manteles blancos y guirnaldas de flores, donde ya había unas cuantas cestas.

Mirara donde mirara había invitados que reían y charlaban animadamente mientras el número de cestas expuestas aumentaba a cada minuto.

Jack dio de repente un gritito de alegría. Acababa de ver a Seth y a Jillian con su hija Rachel, y enseguida se soltó de su mano para correr hacia ellos.

Anna fue tras él y saludó al matrimonio.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Jillian mientras su marido jugaba con Rachel y Jack.

—Mucho mejor, gracias —contestó Anna—. Y gracias otra vez por haber cuidado de Jack. Jillian sonrió.

—No tienes por qué darlas; a Rachel le encanta tener un compañero de juegos, así que si en alguna otra ocasión necesitas que alguien se quede con Jack… como por ejemplo para poder tomarte una noche libre y salir a divertirte…

Alina suspiró para sus adentros. En varias ocasiones había fantaseado con salir una noche con Grant, pero la idea de que algún reportero pudiera verlos juntos en público le había hecho quitárselo de la cabeza, y en esos momentos las cosas entre ellos se habían

complicado de tal modo que ya no sabía en qué punto estaban.

—¿Cuánto hace, Anna?

La pregunta de Jillian la devolvió a la realidad.

—¿Cuánto tiempo hace de qué? —inquirió sin comprender.

—De la última vez que tuviste una cita.

—Dios, más de tres años —admitió Anna en voz baja, con la esperanza de que nadie la oyera.

Jillian la miró con unos ojos como platos. —¿Lo dices en serio?

—Eso me temo.

Jillian abrió la boca para decir algo pero en ese momento una voz masculina detrás de ellas inquirió:

—¿Qué es lo que temes, Anna?

Las dos se volvieron y se encontraron con Grant allí de pie. Anna no pudo evitar fijarse en lo increíblemente guapo que estaba, con una camisa azul oscuro y unos vaqueros gastados bajo los que se marcaban de un modo espectacular sus musculosas piernas.

—Pues… que dejé demasiado tiempo en el horno las galletas con trocitos de chocolate que he preparado —respondió algo azorada.

Jillian estaba conteniendo una sonrisilla traviesa, pero Grant no se dio cuenta porque sus ojos estaban fijos en Anna.

—¿No ibas a hacer pastel de manzana?

—Sí, pero al final decidí que mejor probaría algo nuevo.

Grant enarcó una ceja.

—¿Algo nuevo? —repitió—. ¿Significa eso que ya te has cansado del viejo pastel de manzana?

—No —replicó Anna algo irritada porque sabía que el pastel era sólo una metáfora—. Es que las manzanas estaban un poco ácidas, como si no estuvieran maduras del todo.

Grant frunció el ceño. Era evidente que estaba enfadado, pero Anna había querido dejarle entrever que ésa era la realidad, que sabía que lo que había entre ellos no estaba destinado a durar y que él no estaba preparado para ser algo más que su amante.

Jillian, visiblemente incómoda por la tensa situación, se excusó y fue con su marido y los niños.

Grant se acarició el mentón con la mano y carraspeó.

—Estás muy guapa —le dijo a Anna.

—Gracias —contestó ella sin mirarlo.

—No, lo digo en serio; estás muy guapa —insistió él

deleitándose en cómo realzaba su figura el vestido rosa pálido que llevaba puesto—. Demasiado guapa de hecho.

—¿Qué es lo que te pasa, Grant?

—Nada —gruñó él—. Bueno, ¿y cuál es tu cesta?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Ya sabes por qué —le dijo él con una media sonrisa—. Somos demasiado mayores para estos juegos.

—¿Somos? —repitió ella enarcando una ceja, sin poder reprimir una sonrisa—. Está bien, soy yo quien está demasiado mayor para estos juegos, pero es que esto es ridículo: somos amigos además de…

—¡Para ya! —lo interrumpió Anna riéndose.

Le era imposible enfadarse con él, aunque fuese por algo tan serio como el futuro. Y además tenía razón: eran amigos además de amantes; eran amigos por encima de todo.

—Aquella de allí —le dijo señalando una de las mesas—; la de mimbre pintada de blanco con el lazo rojo.

—Gracias —respondió él con una sonrisa.

—¿Vas a pujar por ella?

—No lo sé —la picó él—; tengo que pensarlo.

—Vamos, amigos, veinticinco dólares no ayudarán mucho para comprarles regalos a los niños del orfanato estas Navidades —instó Caroline a los invitados con cómica voz lastimera, mientras agitaba en su mano un pequeño mazo de madera—. Venga, Jared, ¿no te animas? Un pajarito me ha dicho que en la cesta de Mercedes hay todo lo necesario para pasar una romántica velada en una cabaña perdida en las montañas.

Sin embargo, antes de que Jared pudiera decir nada un hombre que estaba al fondo, y que obviamente no debía saber que Mercedes estaba casada, gritó:

—¡Yo tengo una cabaña en las montañas!; ¡cien dólares!

Jared, que estaba cerca del podio en el que estaba subida Caroline, lanzó una mirada furibunda por encima del hombro.

—Nadie puja por la cesta de mi mujer —masculló volviendo la cabeza—. Doscientos cincuenta dólares —luego miró en derredor, como desafiando al que se atreviese a hacer otra oferta.

Caroline reprimió una sonrisa.

—¿Alguna otra puja?

En respuesta a su pregunta sólo hubo silencio. Caroline se aclaró la garganta.

—¿Ninguna? Doscientos cincuenta dólares a la de una, a la de dos… ¡la cesta ha sido adjudicada a Jared!

Mercedes, que estaba al lado de su marido le sonrió y le dio un abrazo.

—Bueno, y ya nos van quedando pocas cestas —continuó Caroline—. Vamos a por esta amarilla tan bonita… que resulta que es mía… así que más le vale a mi marido que puje por ella… y si sabe lo que le conviene que sea quien gane la puja. ¿Qué me dices, Lucas?

Su esposo, que estaba en la primera fila, se rió y ofreció quinientos dólares. —¡Adjudicada a ese caballero tan guapo!— dijo Caroline golpeando con su mazo antes de que nadie pudiera ofrecer otra cantidad.

Todo el mundo se rió y aplaudió con entusiasmo cuando Lucas se acercó a por la cesta.

—Bueno, y ahora vamos a por esa cesta blanca del lazo rojo, que por cierto despide un delicioso aroma a chocolate.

Nerviosa, Anna contuvo el aliento, preguntándose si Grant pujaría por ella.

—Veinticinco dólares —dijo un hombre obeso a su derecha.

—Cincuenta —ofreció otro.

—Setenta y cinco.

Bueno, aunque ninguno de aquellos hombres fuese Grant al menos estaban pujando por la cesta, se dijo Anna.

—Cien dólares.

—Ciento veinticinco.

—Mil dólares.

Anna se llevó una mano al pecho y los invitados prorrumpieron en murmullos de admiración mientras se volvían para ver quién había hecho una oferta semejante por una simple cesta.

—Qué puja tan generosa —dijo Caroline—. ¿Alguien ofrece más? —añadió con mucha ceremonia—. Mil dólares a la de una, a la de dos, ¡adjudicada! Grant, por favor, acércate a recoger tu cesta.

Grant se abrió paso por entre los invitados, que le aplaudían, tomó la cesta de manos de Caroline y luego se dirigió hacia Anna, que estaba mirándolo boquiabierta, y le hizo un gesto con la cabeza

para que lo siguiera.

Anna lanzó una mirada a Jillian, que le sonrió y señaló a Jack y a Rachel, que estaban jugando muy entretenidos, como diciéndole que no se preocupase por el pequeño, así que fue en la dirección en la que se había ido Grant. —Pero ¿qué has hecho?— le preguntó cuando llegó donde se había parado. Caroline había hecho que se dispusieran coloridas mantas de picnic en distintos puntos de los extensos jardines, y Grant había elegido para ellos una a la sombra de un cerezo.

—¿A qué te refieres? —inquirió él sentándose—. Te dije que quizá pujara por tu cesta.

—Sí, pero… ¿mil dólares?

—Es por una buena causa, ¿no?

—Bueno, sí, pero es que…

Grant alzó la vista y la miró muy serio.

—El que sea granjero no significa que sea pobre, Anna.

Ella se quedó callada.

—Perdona; tienes razón. Supongo que a veces presuponemos cosas que sólo son clichés —le dijo finalmente con una sonrisa—. Gracias por pujar por mi cesta.

Él le devolvió la sonrisa y dio un par de palmadas en la manta.

—Anda, siéntate conmigo.

Anna tomó asiento a su lado.

—¿Sabes?, aunque me siento muy halagada de que hayas pujado por mi cesta debo decir que ahora me siento bajo una enorme presión.

—¿Por qué?

—Pues porque has pagado una cantidad exorbitante por un poco de pollo asado, unas patatas aliñadas, unos panecillos y unas galletas.

—Y un trozo de pastel de manzana al que espero que me invites otro día añadió él con una media sonrisa… —Por ácidas que estén las manzanas.

—Bueno, prometido.

—¿Qué me dices de ti?, ¿te importaría que las manzanas estuvieran ácidas?

Anna negó con la cabeza.

—No, no me importaría.

No era exactamente cierto; sí le importaba. Le importaba lo que pudiese ser de su relación en el futuro, pero le resultaba demasiado difícil resistirse a él. Sí, quería pasar todo el tiempo que pudiese junto a él, estuviese Grant dispuesto o no a comprometerse.

Jack llegó corriendo en ese momento, gritando «comida, comida, comida». Anna se rió y Grant lo sentó en su regazo.

—Ven aquí, Jack. Vamos a tomar un poco de ese pollo asado que ha hecho mamá.

Al poco aparecieron también Jillian, Seth, y Rachel.

—Perdonad que os interrumpamos —les dijo Jillian—, pero Seth acaba de decirme que… sospechosamente, debo añadir… no tiene mucha hambre, así que aunque ha pujado bastante por mi cesta vamos a volver a casa.

—Es que el desayuno que hiciste esta mañana me dejó lleno, cariño, eso es todo —dijo Seth frotándose la nuca.

Anna reprimió una sonrisilla. Jillian tenía fama de ser muy mala cocinera. —Ya, claro— murmuró Jillian frunciendo los labios. Se volvió hacia Anna—. En fin, antes de irnos Rachel quería preguntarte algo.

—Dime, preciosa —dijo Anna mirando sonriente a la chiquilla.

—¿Podría quedarse Jack a dormir con nosotros esta noche?

—Mmm… pues no sé, Rachel, es que no querría molestar a tus papas.

—No es molestia —intervino Jillian—. Venga, mujer, di que sí. ¿No crees que no te vendría mal tener una noche libre para… bueno, para lo que sea?

Anna miró a su amiga con suspicacia, preguntándose si aquello no se le habría ocurrido a ella por la conversación que habían tenido antes de que empezara la subasta.

Grant le dio un golpecito en las costillas con el codo.

—Jillian tiene razón, Anna, no te vendría mal tener una noche libre.

—Pues claro —intervino Seth con una sonrisa.

Anna lo miró vacilante.

—¿Seguro que no os importa?

—Por supuesto que no; Jack es un niño buenísimo —le aseguró Jillian—. No seas tonta; di que sí.

Anna se encogió de hombros.

—Está bien, de acuerdo.

Rachel dio un gritito de alegría y se puso a dar saltos en el sitio.

—Lo llevaremos a la cabaña por la mañana —le dijo Jillian a Anna—. ¿Sobre las diez… o será demasiado pronto? —inquirió maliciosa, mirándola primero a ella y luego a Grant.

Grant se rió y Anna se sintió enrojecer.

—No, a las diez está bien.

—Sentaos y comed con nosotros —les dijo Grant—; hay pollo asado, patatas aliñadas, y galletas con trocitos de chocolate.

Seth no se hizo repetir.

—Me encantan las patatas aliñadas —dijo sentándose junto a él.

Jillian se cruzó de brazos y le lanzó una mirada asesina.

—Creía que habías dicho que estabas lleno del desayuno.

Anna se rió y Seth se frotó la nuca azorado.

—Mmm… bueno, es que me ha entrado hambre de repente.

Jillian farfulló algo entre dientes, pero se sentó también y a sus labios asomó una media sonrisa cuando su marido la besó y le pidió disculpas. Anna sonrió también y empezó a sacar platos de plástico de la cesta para servirles a todos.

Capítulo 6

Grant observó divertido cómo Anna balanceaba la cesta vacía en su mano mientras se dirigían a la cabaña. Le recordaba a una niña feliz y relajada. Cuando llegaron a la puerta, Anna sacó las llaves y abrió, pero antes de entrar se volvió hacia él y sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Pues por un montón de cosas en realidad, aunque sobre todo por la suma tan generosa que has pagado para ayudar a esos niños. Ha sido…

—No ha sido nada; estoy encantado de haber podido contribuir a una causa tan noble —la interrumpió él con una sonrisa—. Además, conseguí a cambio unas galletas riquísimas. Anna se rió.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para esta noche libre que te han regalado Jillian y Seth?

Anna dejó la cesta sobre la mesita alta que había en el recibidor y contestó encogiéndose de hombros:

—Pues ver una película en la tele, leer… y probablemente acostarme temprano.

—Ni hablar.

Anna frunció el entrecejo.

—¿Perdón?

—¿Leer?, ¿acostarte temprano? ¿Es esa tu idea de pasarlo bien para una noche libre que tienes?

Anna se rió de nuevo.

—¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—Pues sí; vamos a salir por ahí a divertirnos.

Anna alzó la barbilla fingiéndose airada.

—Eso ha sonado bastante presuntuoso por tu parte. ¿No crees que primero deberías preguntarme si quiero salir contigo?

Grant esbozó una sonrisa traviesa y negó con la cabeza.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto en el asunto? —quiso saber ella.

—Lo siento pero me temo que no.

—Ya veo —dijo Anna cruzándose de brazos y reprimiendo una sonrisa—. Y cuando me haya sacado de la caverna arrastrándome por el pelo, ¿adonde piensa llevarme, señor Ashton? Necesito saber cómo tengo que vestirme. —No puedo decírtelo.

—Pero Grant…

—A las siete y media pasaré a recogerte —la cortó él antes de darse la vuelta para marcharse—. ¡Oye! —lo llamó Anna.

—¿Qué? —inquirió él mirándola por encima del hombro con la misma sonrisa traviesa en los labios.

—Que se te ha olvidado el gruñido de cavernícola —le dijo Anna riendo.

—… Tarta de queso con salsa de frambuesas, helados variados, y pastel de calabaza.

Cuando la camarera del pequeño restaurante de Napa al que habían ido acabó de recitarles los postres Anna miró a Grant.

—¿Qué te apetece a ti?

—Bueno, no sé… seguro que todos esos postres están muy ricos, pero la verdad es que lo que yo me tomaría ahora mismo sería un trozo de pastel de manzana. ¿No tienen pastel de manzana?

Anna contuvo la risa.

—No, señor, me temo que no.

—No se preocupe —le dijo Anna a la camarera—; no tomaremos postre. ¿Nos traería la cuenta cuando pueda?

La chica asintió.

—Enseguida.

Cuando se hubo marchado, Grant se inclinó sobre la mesa y le dijo a Anna:

—Todavía tienes guardado ese trozo que dejé el otro día cuando cené contigo y con Jack, ¿verdad?

Anna se echó a reír.

—¿A qué viene esa obsesión con el pastel de manzana? Te

advierto que las adicciones no son buenas.
Los ojos de Grant brillaron traviesos.
—Tal vez, pero las adicciones son algo que uno no puede resistir cuando ya te has enganchado. Nunca te sientes satisfecho y siempre quieres más.
Anna se estremeció por dentro.
—Desde luego es un problema.
—Bueno, sólo cuando no tienes a tu alcance aquello a lo que te has vuelto adicto.
—¿Y te preocupa que algún día no pueda estarlo?
—No se puede negar que el futuro es bastante incierto —respondió él.
—No tiene por qué serlo —apuntó ella.
Anna se dio cuenta de que estaba adentrándose en arenas movedizas. La velada hasta ese momento había sido muy agradable y romántica, pero aquella conversación estaba tomando un cariz más serio y no quería que esa noche estuviesen serios.
Afortunadamente, en ese momento llegó la camarera con la cuenta. Grant pagó, ayudó a Anna a ponerse su abrigo, y salieron del restaurante.
Mientras se dirigían al lugar donde Grant había aparcado su camioneta, Anna rompió el silencio diciendo:
—Ha sido una velada maravillosa; gracias.
Grant giró la cabeza hacia ella con una sonrisa en los labios y tomó su mano. —De nada, pero aún no ha acabado.
—¿No ha acabado? —repitió ella divertida—. ¿Y qué tienes en mente?
Habían llegado junto al vehículo y Grant se detuvo.
—Pues para empezar hay algo que quiero enseñarte —le dijo abriéndole la puerta para que subiera.
El lugar donde Grant llevó a Anna era una pequeña granja en venta a sólo unos kilómetros de Las Viñas. La casa estaba algo descuidada y vieja, pero era muy hermosa, igual que las suaves colinas que la rodeaban.
—¿Qué te parece? —le preguntó Grant cuando se hubo bajado de la camioneta después de ella.
—Pues habría que verla por dentro, pero es bonita. Supongo que con unas cuantas reformas quedaría como nueva —dijo ella

vacilante—. Bueno, ¿por qué hemos venido aquí?

—Sólo quería que la vieras —contestó él tomándola de la mano —. Ven, te enseñaré la parte de atrás.

Rodearon la vivienda y Anna miró nerviosa en derredor.

—¿No está mal que estemos merodeando por aquí sin permiso aunque esté en venta? —le preguntó a Grant.

—La propietaria murió hace seis años —le contestó él—. Se la dejó a una amiga que murió poco después que ella y un primo suyo lejano ha estado litigando en los tribunales durante dos años para poder heredarla.

—Vaya.

—Claro que en realidad no quería la granja —añadió Grant—; sólo el dinero que podía conseguir con ella.

—Ya veo —dijo Anna—. Me pregunto cuánto tiempo llevará intentando venderla.

—Algo más de un año.

—¿Tanto? —inquirió ella sorprendida—. ¿Y eso?

—Bueno, como tú has dicho necesita unas cuantas reparaciones —respondió él. El dueño actual hace que un jardinero venga con regularidad, pero ha dejado la casa en el estado en que su prima la dejó, y no creo que haya mucha gente dispuesta a gastarse el dinero en arreglarla cuando pueden comprar una casa nueva por el mismo precio o por menos le explicó. Anna se volvió y se quedó mirándolo un buen rato, como si estuviese tratando de adivinarle el pensamiento.

—¿Y cómo es que sabes lo del jardinero, lo de que el dueño es primo lejano de la antigua propietaria y todo eso?

—Porque he hablado con el agente inmobiliario.

Anna frunció el entrecejo.

—¿Para qué?

—Simple curiosidad.

Anna obviamente no lo creyó porque le dijo:

—Iba a esperar a que tú me lo dijeras, pero como veo que no vas a hacerlo te lo preguntaré: ¿por qué hemos venido aquí?

Grant se pasó una mano por el cabello pero no contestó.

—¿Estás pensando en comprarla para quedarte a vivir aquí, en Napa? Inquirió ella, sus grandes ojos castaños fijos en él.

—No, por supuesto que no.

No estaba siendo sincero con ella. Una parte de él quería comprar la casa, quedarse allí en California con ella, pero… Inspiró profundamente y trató de apartar de su mente esa idea. Ya tenía una vida en Nebraska con un hogar y unos sobrinos que eran prácticamente sus hijos y él no los abandonaría como había hecho su madre. Cierto que los dos habían volado ya del nido y tenían sus propias vidas, pero aún lo necesitaban y se había jurado a sí mismo hacía años que siempre antepondría las necesidades de ellos a las suyas propias.

—Grant, ¿qué ocurre? —le preguntó Anna suavemente.

Su voz lo devolvió a la realidad.

—No es nada; es que últimamente he estado echando de menos mi granja y esto es lo más parecido a ella que he encontrado por aquí.

Anna seguía mirándolo como si no lo creyese o como si aún estuviese preguntándose por qué la había llevado allí de verdad. El mismo no lo sabía.

Decidiendo que no quería seguir analizando sus motivos, tomó a Anna de la mano y la condujo aun descolorido banco de madera bajo un roble.

Tomaron asiento y cuando Grant la rodeó con un brazo ella apoyó la cabeza en su hombro y alzó la vista hacia la luna que los contemplaba desde el cielo.

Grant en cambio estaba fijándose en la pintura cuarteada de las paredes de la casa y en las desvencijadas contraventanas.

—Desde luego la casa necesita un buen montón de reparaciones —comentó, pensando en voz alta.

—Pero eso es parte de su encanto.

—¿De su encanto? —repitió él perplejo.

—Sí, ya sabes: es eso de que ves una casa y de inmediato te sientes atraído por ella. Luego te das cuenta de que no es tan perfecta como te había parecido en un principio, así que empiezas a imaginarte qué cosas tendrías que cambiar y arreglar para que lo fuera, para que fuera ese algo mágico con lo que sueñas.

Los ojos de Anna brillaban como nunca bajo la tenue luz de la luna, y Grant se dijo que no le importaría quedarse allí para siempre, allí sentado con ella.

—¿Estamos hablando todavía de la casa?

Anna esbozó una media sonrisa.

—Tendemos demasiado a acabar hablando en términos abstractos, ¿verdad? Dijo cruzando una pierna sobre la otra.

¿Por qué tenía que tener unos labios tan irresistibles?, se preguntó Grant, que no podía apartar la vista de ellos. ¿Y por qué se los humedecía tan a menudo, como si estuviese suplicándole que la besase?

¿Por qué tenía que haberse puesto esa noche ese vestido rojo que le sentaba tan bien? Aquel color hacía que su piel pareciese de satén. ¿Acaso no sabía cuánto la deseaba?, ¿no comprendía lo difícil que era para él mantener las manos quietas cuando estaba con ella?

Alzó la vista hacia la luna e inspiró el fresco aire de la noche, pero aquello no disminuyó su frustración.

—¿Sabes qué? —le dijo a Anna.

—¿Mmm?

—La granja que tengo la heredé de mis abuelos pero no tuve que hacer apenas reparaciones ni cambios.

—Y has llegado a sentirte muy unido a ella —adivinó Anna.

—Sí, claro que sí, pero lo que iba a decir es que nunca he sabido lo que se siente al arreglar una casa a tu gusto, a hacerla verdaderamente tuya. Es algo que me gustaría probar.

Anna frotó el empeine de su pie contra su pantorrilla.

—Bueno, tiene sentido; al fin y al cabo eres un hombre que sabe utilizar muy bien sus manos.

Una oleada de calor invadió a Grant, que bajó la vista hacia Anna.

—¿Qué? —inquirió ella frunciendo ligeramente el entrecejo.

—¿Un hombre que sabe utilizar muy bien sus manos? —repitió él—. ¿Qué quieres, matarme?

Una sonrisa traviesa asomó a los labios de Anna.

—Lo siento. Lo que quería decir es que por tu trabajo en el campo usas mucho las manos, pero supongo que sin pretenderlo me salen dobles sentidos. —Eso parece… igual que yo soy incapaz de resistirme a tus encantos murmuró antes de atraerla hacia sí y tomar sus labios.

El estar tan cerca de ella, inhalando su aroma, era una verdadera agonía. Un beso nunca bastaría para satisfacerlo. La quería tumbada en el césped, con las piernas abiertas para él y con ese fuego que

relumbraba en sus ojos cuando hacían el amor.

El solo pensar en ello hizo que su miembro se endureciera.

Deslizó una mano por detrás de su cuello y le sostuvo la cabeza mientras ladeaba la suya para cambiar el ángulo del beso.

Anna le respondió afanosamente, como hacía siempre, y entreabrió los labios para que introdujera la lengua en su boca.

Sin embargo, un ansia insaciable se había apoderado de Grant, y su mano libre descendió por el hombro de Anna hasta el cuello en uve del vestido para adentrarse bajo la tela.

Anna emitió un gemido ahogado cuando sus dedos rozaron la copa de encaje de su sujetador y comenzaron a acariciarla. La sensación era tan increíble, tan agradable… Sus pezones se endurecieron, como instándole a que los tocara, a que tirara suavemente de ellos, a que los pellizcara. Y eso exactamente fue lo que hizo Grant.

Mientras su boca devoraba la de ella y sus lenguas danzaban frenéticas, Grant estimuló uno de sus pezones con el pulgar y el índice de un modo muy sensual.

Un intenso gemido escapó de la garganta de Anna, que lo único que quería en ese momento era subirse a su regazo y frotarse contra su erección.

Sin embargo, de pronto algo frío y húmedo aterrizó sobre su mejilla. Atrapada como estaba en esos momentos por el deseo, pensó que debía tratarse de un insecto y trató de apartarlo con la mano, pero al poco volvió a notar algo parecido y se dio cuenta de que era una gota que había caído en su rostro. Otras la siguieron, y Grant y ella se separaron.

Había empezado a llover, y lo que en un principio parecía que iba a ser sólo un chubasco se convirtió de repente en un aguacero.

Antes de que pudiera decir una palabra Grant la tomó de la mano y la hizo levantarse.

—Deprisa —le dijo conduciéndola a la carrera hacia la casa.

Se pararon al llegar al porche y Anna creyó que iban a quedarse allí, pero para su sorpresa Grant se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. —¿Qué haces?— le preguntó al ver que la introducía en la cerradura de la puerta y abría.

—No querrás que nos quedemos aquí fuera, calados como estamos, ¿no?

—No, pero… ¿cómo es que tienes una llave de la casa?
—El dueño está desesperado por venderla, así que el agente inmobiliario me dijo que podía venir a echarle otro vistazo yo sólo si quería.
—¿Otro? —repitió ella al tiempo que Grant prácticamente la arrastraba dentro.
—Ya te lo he dicho; he estado aquí antes.
Anna no entendía nada. ¿Por qué había ido Grant a que le enseñaran una casa en venta que no tenía intención de comprar? Y si no estaba interesado en la casa… ¿por qué le había dejado la llave el agente inmobiliario para que la viera otra vez?
Después de dejar atrás el vestíbulo pasaron a lo que parecía un salón con los muebles cubiertos con sábanas blancas.
Anna se volvió para mirar a Grant. Su corto cabello castaño chorreaba agua, y sus pantalones vaqueros, a pesar de ser azules, se habían puesto tan negros como la tinta por la lluvia.
Al alzar la vista se encontró con que Grant estaba mirándola también… con una sonrisa divertida en los labios.
—Estás empapada —le dijo.
Anna sonrió también.
—Pues igual que tú.
—Supongo que no sería una buena idea que… —dijo él sin terminar la frase.
—¿El qué?
Grant esbozó una sonrisa picara.
—Pues que si te quedas con ese vestido mojado… En fin, creo que deberías quitártelo y darte un baño caliente.
—Dios, es verdad; podría tener una recaída —dijo Anna con mucho teatro, haciendo como que se iba a desmayar.
—No deberías bromear con eso —le reprochó él poniéndose serio y acercándose para apartar un mechón húmedo de su rostro—; tienes un crío a tu cargo. No querrás ponerte enferma otra vez, ¿verdad?
—No, claro que no, pero como tú dijiste antes la camioneta no está precisamente cerca, así que hasta que no escampe un poco no podré ir a la cabaña a darme ese baño.
—Bueno, no tienes por qué volver a la cabaña para eso —murmuró Grant en un tono tan sensual que Anna se sintió

estremecer.

—¿No?

Los dedos de Grant descendieron desde su mejilla hasta su cuello.

—El agente inmobiliario me dijo que las cañerías y los grifos de la casa funcionan perfectamente.

Anna parpadeó. No podía estar sugiriendo lo que creía que estaba sugiriendo.

—Estás loco —le dijo riéndose.

—No, hablo en serio.

Anna tragó saliva.

—Venga ya, Grant. No podemos hacer eso; ésta no es nuestra casa. Eso sería… —¿Qué?

Anna volvió a reírse con incredulidad y sacudió la cabeza.

—¿Una locura?, ¿impulsivo? —inquirió él enarcando una ceja—. No hay nada de malo en hacer travesuras de vez en cuando.

Anna se mordió el labio inferior. Lo único irresponsable que había hecho en su vida era el romance que había iniciado en secreto con él, y de eso jamás se arrepentiría.

—Un baño caliente, ¿eh?

La sonrisa picara volvió a aparecer en los labios de Grant.

—Así entrarás en calor.

—¿Y por qué no una ducha?

—Una ducha también serviría, pero eso es algo que uno puede hacer solo.

Anna estaba excitándose cada vez más.

—Y el baño… ¿no me lo daría yo sola?

Grant le rodeó la cintura con los brazos.

—Bueno, yo estaba pensando que podría ayudarte.

—¿A qué?

Las manos de Grant subieron y bajaron por sus costados.

—Pues a frotarte la espalda y todos los demás sitios donde tú no llegues…

Anna cerró los ojos un instante, imaginándose las escenas más increíblemente eróticas de los dos, y cuando volvió a abrirlos apoyó su frente en la de Grant y le dijo:

—Eso me encantaría… aunque no hacía falta que me trajeras a una vieja casa en venta para seducirme. Y tampoco tienes que

inventarte razones para poder tocarme. Mis brazos están siempre abiertos para ti.

—Me vuelves loco, Anna Sheridan —murmuró él inclinándose para tomar sus labios en un tierno beso.

Capítulo 7

Grant estaba comprobando con la mano la temperatura del agua cuando oyó a Anna entrar en el baño.

—¿Cómo está Jack? —le preguntó levantándose y volviéndose hacia ella—. Bien, Jillian dice que se está portando estupendamente. Supongo que no debería preocuparme tanto, ¿no? —dijo Anna con una sonrisa vergonzosa.

Grant puso las manos en su cintura y la atrajo hacia sí.

—Bobadas; eres una madre maravillosa.

—Gracias —respondió ella sonriendo de nuevo con timidez.

—Es la verdad; nadie que te vea con Jack podría dudarlo —le dijo Grant. Bajó las manos a sus caderas—. Además, no es fácil tener que acarrear con las consecuencias de las decisiones de otras personas.

—No, no lo es —asintió ella apoyando la cabeza en su pecho—. Es curioso que a los dos nos ocurriera algo parecido, ¿verdad?; tú tuviste que hacerte cargo de los hijos de tu hermana, yo del de la mía… Creo que en parte por eso nos entendemos tan bien. Somos algo así como… espíritus afines.

Grant no pudo contestar. Se le había hecho un nudo en la garganta. Sí, en el fondo de su alma sabía que Anna tenía razón, que estaban hechos el uno para el otro, pero…

—La bañera se está llenando demasiado —murmuró soltándola y volviéndose para cerrar el grifo.

Cuando se giró de nuevo Anna estaba quitándose el vestido mojado. Sus pezones endurecidos se marcaban a través del

sujetador blanco igual que el miembro erecto de Grant se marcaba en ese momento a través de sus vaqueros.

Grant recorrió a Anna con la vista, deleitándose en su esbelta figura y en sus suaves curvas.

—Será mejor que te metas en la bañera… —murmuró con la frente perlada de sudor—… antes de que vaya a buscar un preservativo.

Anna sonrió divertida. Se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo.

—Querrás decir que será mejor que nos metamos en la bañera, ¿no?

El deseo estaba nublando de tal modo la mente y los sentidos de Grant que ni siquiera estaba escuchándola.

—¿Cómo?

—Creía que lo que me habías propuesto era que nos bañáramos juntos.

—Por supuesto que no —replicó él—. Soy un caballero; no me aprovecharía de ti en semejantes circunstancias.

—¿Así que sólo era una treta para hacer que me bañara?

—Justamente —contestó Grant con una sonrisa traviesa.

Anna se acercó a él y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. —Pues por andarte con tretas ahora vas a darte un baño conmigo— le dijo riéndose al verlo enarcar las cejas.

Para ella era un verdadero deleite desvestirlo. Grant no era uno de esos ejecutivos que estaban blancos y tenían las carnes nacidas por pasarse el día entero sentados en un despacho. No, Grant era un hombre que trabajaba en el campo, a merced del sol y del viento, que habían dado a su piel un tono cobrizo, un hombre con un cuerpo tan esbelto y viril que parecía una estatua griega.

Con el corazón latiéndole con fuerza abrió la camisa de Grant y frotó las palmas de sus manos contra su pecho desnudo cubierto por una fina capa de vello. Sus dedos descendieron lentamente hasta llegar a la cinturilla de sus vaqueros, y allí se detuvieron.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Grant con voz ronca, incapaz de disimular su excitación.

—No; lo tengo todo bajo control —respondió ella.

Le desabrochó la hebilla del cinturón, le bajó la cremallera y luego tiró hacia abajo de los pantalones y los calzoncillos al mismo

tiempo.

—Había creído que decías en serio lo de que ibas a ayudarme a lavarme, ¿sabes? —le dijo mientras se metía en la bañera y se sentaba.

Grant siguió su ejemplo, sentándose en el extremo opuesto de la bañera.

—Lo haría… pero no hay jabón.

—¿Y para qué está la imaginación? —le espetó ella.

Grant sonrió, se inclinó hacia delante y se puso a frotar las manos una contra la otra como si tuviese un jabón entre ellas y estuviese intentando que se formase espuma.

Comenzó por los dedos de los pies de Anna, masajeándolos lenta y suavemente hasta que la oyó suspirar antes de continuar, subiendo hacia sus tobillos, sus pantorrillas…

El agua caliente parecía estar actuando como un tónico sobre Anna, que estaba cada vez más relajada, aunque también estaba empezando a notarse la cabeza algo mareada.

Las manos de Grant seguían subiendo: habían pasado ya sus rodillas y estaban frotando suavemente la cara interna de sus muslos, acercándose peligrosamente a su pubis. Anna emitió un gemido ahogado, ansiando que los dedos de Grant fueran más lejos, que se introdujeran dentro de ella y la acariciaran íntimamente.

Sin embargo, Grant no parecía tener prisa; de hecho daba la impresión de que estaba dispuesto a torturarla antes de hacerle alcanzar el cielo.

Pero al cabo de un rato Anna ya no podía más.

—Por favor… —le suplicó alzando las caderas, urgiendo a sus dedos a hacer algo más que jugar.

Los ojos de Grant, oscurecidos por el deseo, descendieron desde sus senos hasta los pliegues hinchados de su sexo, que asomaba unos centímetros por encima del agua.

—Bueno, supongo que necesitas que lave también esa parte de tu cuerpo.

—Sí, por favor —le rogó ella.

—Está bien, cariño. Abre las piernas.

Ella jadeó e hizo lo que le decía.

—Dios, Anna, eres tan hermosa… —murmuró Grant.

Anna se notaba la boca seca por la impaciencia, pero en ese

momento al fin Grant la complació, acarició sus rizos púbicos y después deslizó su dedo corazón entre sus pliegues. Anna emitió un intenso gemido, y tras cerrar los ojos echó la cabeza hacia atrás. Con expertas y precisas caricias Grant siguió estimulándola hasta que ella creyó que iba a desmayarse de placer.

—Grant, no sigas… —le suplicó, abriendo más las piernas.

—¿Quieres que pare?

—Lo que quiero es esto dentro de mí —murmuró ella desesperada, inclinándose para meter la mano en el agua y agarrar su miembro en erección.

Antes de que Grant pudiera decir nada se puso de pie, lo echó hacia atrás, se colocó a horcajadas encima de él, y descendió sobre su pene.

Un suspiro escapó de sus labios cuando sintió su duro miembro adentrarse en ella, y Grant emitió un gruñido de placer.

Sus manos agarraron las caderas de Anna para ayudarla a cabalgar sobre él, y aunque en medio de su apasionado frenesí estaba clavándole los dedos en la carne, a ella no parecía importarle lo más mínimo.

De hecho, sus movimientos estaban haciendo que el agua se desbordara por los lados de la bañera, pero tampoco ninguno de los dos se percató de aquello.

Grant alzó las manos para tomar los senos de Anna mientras ella subía y bajaba, y le acarició y tiró suavemente de los pezones con los dedos.

Anna se notaba cada vez más cerca del orgasmo, y de pronto una serie de deliciosos espasmos se desataron en su interior. Entre sus jadeos oyó a Grant farfullar algo incomprensible, y luego sintió cómo su semilla se disparaba dentro de ella.

Exhausta pero satisfecha, se derrumbó sobre su pecho, su respiración aún entrecortada. Grant la estrechó entre sus brazos y le susurró al oído:

—Perdóname, Anna.

—¿Por qué? —inquirió ella cuando recobró el aliento.

—No hemos usado preservativo.

—No pasa nada —replicó ella suavemente.

—Claro que pasa; debería…

—Grant, de verdad que no importa; olvídalo —lo interrumpió

ella.

No quería que la magia del momento se echase a perder por el rumbo que podía tomar aquella conversación.

Sin embargo Grant se había quedado callado y tuvo la impresión de que estaba rumiando el asunto y sintiéndose culpable.

—Escucha, Grant —le dijo irguiéndose un poco—: da igual, en serio, deja de… —No, Anna, no da igual —insistió él—. Hace un rato estábamos hablando de lo irreflexivas que fueron nuestras hermanas y ahora voy yo y mando el sentido común a paseo —murmuró, maldiciendo luego entre dientes—. Pero es que no lo he podido evitar —añadió rozando su boca contra los de ella, mordisqueándole suavemente el labio inferior—. Me vuelves loco; me haces perder la razón y…

—Grant. —¿Qué?

Anna tomó su rostro entre ambas manos, inspiró profundamente, y le dijo:

—No puedo quedarme embarazada.

Él se quedó callado un momento, mirándola sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo endometriosis. Los médicos dicen que es casi imposible que me quede embarazada.

—Oh, Anna, cuánto lo siento… —murmuró él estrechándola de nuevo entre sus brazos—. Lo siento tanto…

—No importa; no voy a negar que me encantaría tener hijos, pero al menos tengo a Jack.

—¿Por qué no me lo habías contado hasta ahora?

—No lo sé —murmuró Anna apoyando la cabeza en su hombro.

Grant le acarició la espalda y se quedaron así, abrazados el uno al otro en silencio mientras el agua se enfriaba.

Cuando paró de llover, aproximadamente una hora después, Grant y Anna aprovecharon para salir de la casa y volver a la camioneta.

Durante el trayecto de regreso a Las Viñas apenas hablaron, y Anna se preguntó si lo que le había revelado a Grant le habría hecho sentirse incómodo.

Sin embargo, sus dudas se disiparon al llegar a la cabaña, cuando él tomó su mano y le sonrió después de que se bajaran del vehículo.

—Lo he pasado muy bien esta noche —le dijo Anna tras abrir la puerta—. ¿Es que no vas a invitarme a pasar? —inquirió Grant cruzándose de brazos y fingiéndose ofendido.

Anna se echó a reír.

—Bueno, supongo que podríamos ver una película o algo.

—¿O algo? —repitió él enarcando una ceja.

—También podríamos jugar a las cartas —lo picó Anna.

—¿Y qué tal si me quedo a pasar la noche?

Anna frunció los labios.

—Pero es que el sofá es muy pequeño.

—No pienso dormir en el sofá —replicó él—, sino en tu cama.

Y sin previo aviso la levantó del suelo, se la echó al hombro como si pesara tan poco como un saco de plumas, y entró con ella a cuestas en la cabaña, cerrando detrás de sí.

Anna no podía parar de reír, pero cuando llegaron al dormitorio y Grant la soltó sobre la cama para luego empezar a desvestirlos a los dos, su risa fue reemplazada por una ráfaga de deseo.

—Tú vestido aún está algo húmedo —fue la excusa que le dio Grant dejando caer al suelo, junto con él, su sujetador y sus braguitas.

—Y no es lo único… —murmuró ella antes de que él la hiciera rodar para quedar tendida boca abajo—. Todo el mundo piensa que eres un buen chico, pero en realidad no lo eres; eres muy travieso…

—Los tengo a todos engañados —asintió él tumbándose sobre ella.

Anna aspiró hacia dentro al sentir su miembro endurecido contra sus nalgas. Luego, cuando los labios de Grant se acercaron a su oreja y notó cómo la lamía con la punta de la lengua jadeó excitada, moviéndose debajo de él con la esperanza de que la fricción aumentase su erección y lo instase a penetrarla.

—Dime qué es lo que quieres, Anna —murmuró Grant con voz ronca junto a su oído.

—A ti… te quiero dentro de mí.

Sus palabras arrancaron un gemido de la garganta de Grant, que no perdió más tiempo en separarle las piernas con la rodilla antes de introducir su pene apenas un centímetro dentro de ella. Luego se agarró a sus hombros y se hundió hasta el fondo.

Anna se quedó sin respiración por un momento y todo

pensamiento lógico abandonó su mente. Comenzó a moverse, respondiendo a cada una de sus embestidas mientras él la besaba en el cuello y se lo mordisqueaba.

La mano izquierda de Grant abandonó su hombro, se deslizó por debajo de ella para buscar los rizos húmedos de su pubis, y cuando sus dedos comenzaron a acariciarla por dentro Anna jadeó extasiada.

Anna tardó poco en rendirse a Grant. Le temblaron las piernas, todo su cuerpo se tensó, y con un intenso gemido alcanzó el orgasmo.

Sin embargo, aún en medio de las oleadas de placer que estaban sacudiéndola siguió moviendo las caderas hacia atrás, y pronto la respiración de Grant se volvió jadeante también.

—Dios, Anna… ¿qué vamos a hacer?

—¿Sobre qué? —murmuró ella, su voz amortiguada por la almohada, sobre la que tenía apoyada la cabeza.

—Sobre esto… sobre nosotros… —jadeó él sin dejar de moverse.

—Oh, Grant…

Grant sin embargo ya no podía escucharla. Había alcanzado el cielo, como ella antes, y se derrumbó sobre su espalda.

—Eres increíble —murmuró con una extraña nota de melancolía en su voz—. Dios, ¿qué vamos a hacer? —volvió a repetir, como si aquello lo abrumase—. «Vamos» no, Grant —replicó ella suavemente—; eres tú quien tiene que decidir. Ya sabes qué es lo que yo quiero, y sabes que mi corazón te pertenece.

Grant no dijo nada. Giró sobre el costado, llevándola con él, y permaneció abrazado a su espalda.

Su silencio decepcionó a Anna, pero no quería que lo que ansiaba oír de sus labios lo dijese sintiéndose forzado. Lo único que podía hacer era esperar.

A la mañana siguiente unos insistentes golpes en la puerta de la cabaña los despertaron sobresaltados.

Todavía medio dormida Anna giró la cabeza y miró el reloj.

—Las siete y media —murmuró.

—Quizá sean Seth y Jillian que traen a Jack de vuelta —dijo Grant.

—¿Tan temprano?

—A lo mejor te echaba de menos.

Un pánico repentino se apoderó entonces de Anna.

Se levantó de la cama como un resorte y fue a ponerse rápidamente la bata. ¿Y si le hubiese ocurrido algo a Jack? Oh, Dios, si le hubiese pasado algo nunca podría perdonárselo.

Grant se puso a toda prisa los vaqueros y salió de la habitación detrás de ella.

Sin embargo, para sorpresa de ambos, cuando Anna abrió la puerta con quienes se encontraron fue con Lucas y Caroline, que parecían bastante preocupados.

—Perdón por la intromisión a estas horas de la mañana —dijo Caroline.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió Anna, tratando de no pensar en el aspecto que debían tener Grant y ella en ese momento. Su secreto había dejado de serlo—. ¿Le ha pasado algo a Jack?

Lucas negó con la cabeza.

—No, no, Jack está bien; está desayunando con Rachel y con Seth —respondió. Alzó la vista hacia Grant—. Grant, ¿podrías acompañarnos a la casa?

—¿Ahora?, ¿por qué?

Caroline contrajo el rostro.

—La policía está esperando; quieren hablar contigo.

Capítulo 8

—Te acompaño.

Olvidándose por un momento de que Caroline y Lucas estaban todavía allí de pie, esperando, Grant se volvió hacia Anna y negó con la cabeza.

—No.

Anna puso los brazos en jarras.

—¿Por qué no?

Grant carraspeó y se giró hacia Caroline y Lucas.

—¿Podríais disculparnos un segundo?

—Claro —respondieron los dos al unísono.

Grant tomó a Anna de la mano y la arrastró al dormitorio. Con un suspiro la agarró por los hombros para hacerla sentarse en la cama deshecha y le dijo:

—Mira, sé lo que has pensado cuando te he dicho que no quiero que vengas conmigo, y no debes verlo como un rechazo por mi parte hacia ti porque no lo es.

—¿Y entonces cómo debo tomármelo? —quiso saber ella, cruzándose de brazos. ¿De qué se trata, Grant? ¿Crees que necesito que me protejas, como la última vez? Ya no es necesario; no he recibido más amenazas, Spencer está muerto, y los reporteros parece que nos han dejado tranquilos a Jack y a mí—. ¿Y si ya no te preocupa que pueda ocurrirle algo a Jack por qué sigues en Napa? —le espetó él.

Anna se mordió el labio inferior.

—Bueno, porque creí que hasta que atrapen al asesino lo mejor

sería que…

—¿Lo ves? —La interrumpió Grant—. Luego sí crees que hay motivo para preocuparte aún.

—Pero yo quiero apoyarte; quiero estar a tu lado.

—No.

—No te entiendo, Grant —murmuró Anna, llena de frustración.

El se acercó a la cama y se arrodilló frente a ella.

—Muy bien, ¿quieres saber cuál es la verdad? La verdad es que me avergüenza que la policía aún me vea como sospechoso, me avergüenza que tú puedas pensar de mí… —Sacudió la cabeza.

Anna tomó su rostro entre ambas manos.

—Vamos, Grant, yo sé dónde estabas esa noche, y no hay nada de lo que debas avergonzarte.

El se quedó callado un momento antes de ponerse en pie.

—Tengo que irme.

—Grant, espera…

—No puedo esperar, Anna. Ese bastardo de Ryland está esperándome y si me retraso pensará que estoy ocultándole algo —le dijo. Luego, sin embargo, la expresión de su rostro se suavizó y le dijo—: Volveré enseguida, ya lo verás. Anna lo miró vacilante, pero finalmente asintió, y Grant estaba a punto de salir de la habitación cuando se volvió, regresó junto a ella y la tomó por los hombros, levantándola de la cama y estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—Maldita sea, Anna, tú sabes cuánto te necesito.

Posó sus labios en los de ella, intentado transmitirle con ese beso todo lo que sentía por ella, y cuando levantó la cabeza había una sonrisa en el rostro de ella… algo trémula, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Ve; te estaré esperando.

Grant dio un paso atrás, mirándose en sus ojos una última vez, y se fue.

Cuando Grant entró en la biblioteca con Caroline y Lucas el detective Ryland estaba de pie, de espaldas a la ventana y con los ojos entornados como si esperase que fuese a producirse un crimen en ese momento y en ese mismo lugar.

Grant siempre había tenido la impresión de que, o bien Ryland la había tomado con él, o de verdad estaba convencido de que había

asesinado a su propio padre a sangre fría y estaba decidido a encerrarlo de por vida.

Se fijó entonces en que también estaba allí Edgar Kent, el abogado criminalista al que Caroline había contratado para defenderlo. El hombre se puso de pie y esbozó una leve sonrisa.

Grant sintió una punzada de preocupación en el estómago. ¿Iba a necesitar sus servicios de nuevo?, ¿lo habría llamado Caroline? ¿Sabría algo más acerca de aquella visita de Ryland de lo que le había dejado entrever de camino a la casa?

Fue hasta donde estaba el abogado y le estrechó la mano, pero después de lo que el detective le había hecho pasar durante los últimos meses a este último lo saludó sólo con un leve asentimiento de cabeza.

—¿No ha venido la detective Holbrook hoy con usted? —le preguntó, refiriéndose a su ayudante.

Ryland negó con la cabeza.

—Mi compañera está siguiendo una pista muy interesante de este caso y no quería apartarla de ella sólo para que viniera aquí hoy —le dijo—. La cuestión es que lo he hecho llamar porque ha salido a la luz cierta información que… —¿Tienen algo nuevo?, ¿sobre la persona que había estado chantajeando a Spencer?— lo cortó Grant impaciente—. ¿Han averiguado quién es el tipo del dibujo?

El detective le señaló un sillón.

—¿Por qué no se sienta?

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

Ryland soltó una risa seca.

—Como quiera —masculló—. ¿Le suena de algo el nombre Sally Simple?

Al oír aquel nombre Grant sintió como si un rayo lo hubiese golpeado.

—¿Qué ha dicho? —inquirió con voz ronca.

—Sally Simple —repitió Ryland como si se le estuviese agotando la paciencia—. Le he preguntado si le suena de algo ese nombre. Ya juzgar por la expresión de su rostro… —añadió acercándose a él— … yo diría que sí.

Los recuerdos acudieron en tropel a la mente de Grant: el rostro de su madre, amable y cariñosa, la pequeña ciudad de provincias en

que había nacido, sus abuelos, severos pero también bondadosos…

—Grant —lo llamó el abogado inclinándose hacia delante en su asiento—, ¿quieres que hablemos un momento en privado?

Grant se pasó una mano por el cabello.

—Yo… no comprendo…

—¿Más cosas que ocultar, Ashton? —intervino Ryland entornando los ojos.

Grant lo miró entre irritado y confuso.

—¿Por qué me ha preguntado por ese nombre?

—Ah, no, no… —masculló el detective, sacudiendo la cabeza lentamente—. Las cosas no funcionan así, Ashton; es usted quien tiene que contestar; no al revés.

Grant apretó los labios.

—¿O quizá prefiera hablar con su abogado mientras yo voy a la cabaña a hacerle unas cuantas preguntas a la señorita Sheridan?

Grant apretó los puños.

—Es usted un miserable.

—Vigile sus palabras si no quiere pasar la noche en una celda, Ashton —le advirtió Ryland enarcando las cejas.

—¿Bajo qué cargos?, ¿decir la verdad? —quiso saber Grant, cada vez más furioso—. No se acerque a ella. ¡Anna no tiene nada que ver con el asesinato y usted lo sabe!

Ryland fue hasta donde estaba y se detuvo justo delante de él. Los dos hombres se miraron fijamente y fue el detective quien rompió el tenso silencio.

—Métase esto en la cabeza, señor Ashton: averiguaré la verdad de una manera u otra —le dijo subrayando cada una de sus palabras.

—Anna no sabe lo que significa ese nombre; no lo ha oído en su vida masculló Grant.

—Pero usted sí… ¿me equivoco? —le preguntó Ryland dando un paso atrás y yendo a sentarse en el brazo de un sillón.

Grant apretó los dientes.

—Sally Simple era una muñeca. Después de que muriera mi madre mis abuelos se hicieron cargo de mi hermana y de mí. Yo acepté el cambio, pero mi hermana Grace se encerró en sí misma, estaba siempre a la defensiva… en algunas ocasiones incluso se ponía violenta. Mi abuela intentó ganársela de todas las maneras

posibles: trató de enseñarle a cocinar, la llevaba de compras con ellas, le daba todo lo que quería… Unas Navidades incluso le hizo una muñeca de trapo. Era diez veces más bonita que cualquiera de las muñecas que venden en las jugueterías, una muñeca preciosa. Grace no se separaba de ella. La llamó Sally Simple. «Sally» por nuestra madre y «Simple» por la vida tan simple que decía que llevábamos en Nebraska.

Mientras hablaba, se reavivó en Grant el resentimiento hacia su hermana por cómo había rechazado a la única familia que había tenido, por haberle dado tantos disgustos a sus abuelos.

—Al crecer reemplazaría a aquella muñeca por un hombre tras otro, y al final se fugó con el que debía ser sin duda el mayor perdedor de todos.

Cuando terminó de hablar, Grant se quedó callado mirando al suelo, con un resquemor de amargura en el pecho. Habían pasado muchos años pero no había logrado perdonar a su hermana por lo que les había hecho a sus abuelos, a él, y a sus hijos.

—¿Cuándo vio por última vez a su hermana, señor Ashton? —le preguntó el detective.

Aquel repentino trato respetuoso sorprendió a Grant.

—El día anterior a que se fugara con ese tipo, un vendedor ambulante, y abandonara a sus dos hijos.

—A los cuales usted ha criado, ¿no es así?

Grant lo miró receloso. ¿A qué venía todo aquello?

—Sí, así es. ¿Y no ha vuelto a saber nada de ella desde entonces?

—No —respondió Grant—; ni tampoco he intentado buscarla. Lo cierto es que en todo este tiempo he dado gracias por que no haya vuelto porque habría sido peor para los niños.

—¿Por qué dice eso?

—Porque más que gemela mía parecía la gemela de Spencer… imagino que ya me entiende, y no habría sido precisamente una buena madre. —¿Y no llegó a conocer a ese hombre con el que se fugó, ese vendedor?—. No. Grace siempre se veía con los tipos con los que salía a espaldas nuestras —contestó Grant con un pesado suspiro.

Ryland asintió pensativo.

—Ya veo.

—¿Por qué me ha preguntado por esa muñeca? —le preguntó Grant—. ¿Y cómo sabía su nombre?

El detective se sacó un papel del bolsillo y se lo tendió. Grant lo tomó y vio que era un impreso bancario. Al leerlo y fijarse en el nombre que figuraba como titular de la cuenta se quedó helado. Alzó la vista hacia el detective con los ojos como platos.

—Creemos que Grace y su marido, ese hombre con el que se fugó, son quienes han estado chantajeando a Spencer durante los últimos diez años y sacándole dinero.

Edgar Kent soltó una palabrota y Caroline gimió espantada.

—¿Qué? —exclamó Lucas, igual de atónito.

Grant simplemente sacudió la cabeza, no queriendo creer que su propia hermana, alguien de su sangre, pudiera haber hecho algo semejante. Y sin embargo, tuvo que admitir para sus adentros, sin embargo Grace también llevaba en sus venas la sangre de Spencer.

—Pero… ¿por qué haría algo así? Yo creía que ni siquiera sabía que Spencer seguía vivo. Durante todos estos años yo mismo lo creía muerto.

—Pues ya ve; parece que su hermana sí lo sabía —replicó Ryland—. Y obviamente no se sentía muy feliz de que así fuera y de que los hubiera abandonado siendo niños. La cuestión es bien simple: ella necesitaba el dinero y Spencer necesitaba mantenerla callada porque si llegaba a saberse que nunca había llegado a divorciarse de su madre las cosas podrían haberse complicado bastante para él.

—Pero al final su bigamia salió a la luz —apuntó Grant.

—Y al poco tiempo su padre fue asesinado.

—Pero… ¿por qué? —inquirió Caroline.

Ryland se puso de pie.

—Creemos que cuando Spencer descubrió que Grant había venido a California dejó de pagar a Grace. De hecho, la fecha en que Grant llegó a Napa concuerda con la fecha en que dejaron de registrarse ingresos en la cuenta a nombre de Sally Simple. Sin duda Spencer debió imaginar que con la llegada de Grant la verdad sobre su pasado no tardaría en salir a la luz.

Grant lo miró horrorizado.

—¿Está diciendo que cree que Grace mató a Spencer?

—En realidad creemos que fue su marido quien apretó el gatillo,

pero que ella debió estar implicada en el asesinato de algún modo.

—Oh, Grant… —murmuró Caroline, poniéndole una mano en el hombro.

Grant se apartó de ella. Se sentía asqueado y horrorizado además de extrañamente sucio. Primero Spencer, su padre… ahora su hermana… dos personas totalmente corruptas. Si él tenía lazos de sangre con monstruos así… ¿en que lo convertía aquello a él? Miró al detective con los ojos entornados.

—¿A qué venía todo esto, Ryland? El hacerme venir aquí, en presencia de mi abogado, como si quisiera hacerme creer que…

—Escuche, Ashton —le dijo el detective, no estaba seguro al cien por cien de que no tuviera ninguna relación con el asesinato—. Necesitaba saber si estaría dispuesto a colaborar diciéndome lo que sabía sobre ese nombre o si me lo ocultaría para proteger a su hermana.

—¿Y qué piensa ahora? —inquirió Edgar Kent.

—Sí, ¿qué piensa ahora? —lo instó Grant irritado.

Ryland levantó una mano.

—Ahora es libre de volver a Nebraska si es eso lo que quiere.

Grant se quedó allí de pie, aturdido por la espantosa revelación, y se preguntó cómo iba a contarles aquello a Ford y peor aún, a Abigail, estando como estaba embarazada.

Ryland le estrechó la mano a Lucas, luego a Caroline, y finalmente se dirigió a Grant.

No era un hombre muy dado a pedir disculpas, pero cuando le tendió la mano Grant se la estrechó brevemente después de vacilar un instante. Se lo había hecho pasar muy mal durante todos esos meses, pero no quería volver a Nebraska con odio.

Ryland se marchaba ya cuando Grant lo llamó.

—Detective…

Ryland se volvió y lo miró interrogante.

—¿Saben dónde está mi hermana?

—Sí, sabemos dónde está.

—¿Podría avisarme cuando la hayan arrestado?

El detective se quedó dudando un momento, pero luego asintió. —Claro.

Grant se sentía como si la cabeza le fuera a estallar. Aunque le había prometido a Anna que volvería a la cabaña después de hablar

con Ryland, tras salir de la casa de Caroline y Lucas se fue directamente a las antiguas cocheras de la finca, donde llevaba viviendo todos esos meses.

Se sentía avergonzado por lo que acababa de oír y no sabía cómo podría mirar a los ojos a la mujer que lo amaba. Quería esconder la cabeza bajo la tierra, como un avestruz, y no volver a sacarla en al menos una semana.

Estaban buscando a su hermana por el asesinato de su padre… Dios, ¿cómo podía Grace haber hecho algo así? Grant se sentía horriblemente culpable.

Quizá debería haber ido en su busca cuando se había fugado con aquel tipo; quizá debería haberle dado más cariño en su infancia, haberla ayudado a superar la muerte de su madre, haberle ayudado a ver el camino correcto. Y sin embargo… ¿No lo había intentado acaso docenas de veces y fracasado otras tantas?

Cuando llegó a la puerta no entró, sino que se sentó en los escalones del porche y puso la cabeza entre las manos.

Una ligera brisa se levantó a su alrededor, haciéndole sentir frío y haciéndole sentirse también más solo de lo que se había sentido en aquella pequeña celda de la cárcel de San Francisco en la que había pasado unas semanas.

—¿Te importa que me siente a tu lado?

Grant alzó la vista y se encontró mirándose en los ojos castaños de Anna. El cabello pelirrojo le enmarcaba el hermoso rostro y la sonrisa tan dulce que había en sus labios hacía que pareciese un ángel. Grant no quería contaminar a un ser tan puro, pero el tenerla allí, junto a él, era como un bálsamo para su alma.

Anna, al ver que no le contestaba, se sentó junto a él de todos modos.

—He ido a la casa pero me dijeron que ya te habías marchado.

Grant asintió con la cabeza sin mirarla.

—Entonces sabrás lo que ha pasado.

—No, sólo sé lo que quería saber: que estabas bien y que seguías aquí. —Sí, por suerte esta vez no me meterán en la cárcel— masculló Grant con amargo sarcasmo.

Anna crispó el rostro.

—Cuando salí de allí pensé en venir a buscarte, a ofrecerme a escucharte, pero…

—¿Pero? —inquirió él alzando la vista.

Anna tomó su fría mano en las suyas.

—No quería molestarte.

—Anna, tú no me…

—Por eso fui a ver a Jack —lo interrumpió ella, que no tenía el menor deseo de empezar una discusión.

—¿Sigue en casa de Seth y Jillian?

Auna asintió.

—Iban a llevarlo al lago y estaba emocionado con la idea de ver las ranas y los patos, así que pensé que no sería justo que lo privara de eso y lo he dejado con ellos.

Por una vez Grant sintió que no quería dejar fuera de la conversación el futuro. Necesitaba escuchar lo que Anna sentía. Probablemente era egoísta y masoquista por su parte, pero después de haber sido el principal sospechoso del asesinato de Spencer durante meses, y de lo que acababa de revelarle el detective, necesitaba saber que a alguien le importaba.

—Anna… ¿Hay alguna otra razón por la que hayas dejado que Jack se quede con Jillian, con Seth, y con Rachel?

Ella exhaló un suspiro y sonrió.

—Porque quería que supieras que estoy dispuesta a estar a tu lado siempre que me necesites.

—¿Pero por qué?

—Pues porque te quiero, tonto.

Grant se rió sin mucha alegría al oír sus palabras, pero su ternura lo envolvió, haciéndole sentir que podía respirar de nuevo, devolviéndole el ánimo que había perdido.

Anna le daba tanto… ¿y qué hacía él? Pedirle más. No era justo con ella, sobre todo sabiendo como sabía que acabaría haciéndole daño.

Tal vez no era mucho mejor que su hermana, ni mucho mejor que su padre. Con el corazón latiéndole con fuerza se puso en pie y le tendió una mano a Anna.

—Quiero hacerte el amor —le dijo.

Sin decir una palabra ella entrelazó sus dedos con los de él, se levantó también, y dejó que la condujera al interior de la vivienda.

Capítulo 9

—Esta vez quiero que vayamos despacio; muy despacio —le susurró Grant a Anna.

—Está bien.

Mientras se tumbaba desnuda en la cama, sobre las sábanas blancas, Anna le sonrió y le hizo un gesto con el índice para que se acercara.

—Quiero olvidar por completo el día de hoy —dijo Grant subiéndose a la cama y colocándose a horcajadas sobre ella—; aunque sólo sea por unas horas.

Anna pasó las manos por su musculoso tórax.

—Yo también quiero olvidar —murmuró.

—¿Qué quieres olvidar tú, cariño? —le preguntó Grant con voz ronca por el deseo.

—Que cuando se resuelva el caso los dos volveremos a casa —le contestó Anna mientras agachaba la cabeza para lamer uno de sus pezones.

Grant emitió un gemido ahogado y le levantó a Anna la cabeza con ambas manos para tomar sus labios. Fue un beso apasionado, desesperado, y pronto su lengua invadió la boca de ella al tiempo que acariciaba con la yema de un pulgar uno de los pezones de ella.

Anna se arqueó ligeramente, y sintió que los músculos de su vientre se contraían, a la vez que comenzaba a formarse un calor húmedo en la parte más íntima de su cuerpo.

Sin dejar de besarla, la mano de Grant descendió por el valle de entre sus senos hacia su pubis y apretó la palma suavemente contra

sus rizos.

Una ráfaga de deseo sacudió a Anna, y se retorció jadeante debajo de él, arqueando las caderas en un ruego mudo para que le diera más.

Grant despegó sus labios de los de ella y trazó con la lengua un trayecto sinuoso desde la garganta de Anna hasta su ombligo, a la vez que restregaba su cuerpo desnudo contra el de ella. Luego sus dedos se introdujeron por entre sus rizos púbicos para acariciar los pliegues de su interior mientras ella jadeaba extasiada.

—Quiero hacerte gritar de placer, Anna —murmuró Grant—, quiero que tengas el orgasmo más increíble que hayas tenido nunca y luego empezar otra vez en la postura que tú quieras.

—¿Sólo puedo elegir una? —inquirió ella en un susurro, estremeciéndose de excitación.

—Era sólo una manera de hablar.

Anna se sentía más que dispuesta, y cuando ya pensaba que no podría soportar más sin que Grant hiciera algo, éste le abrió las piernas y se agachó para meter la cabeza entre ellas.

Anna soltó un gritito y arqueó las caderas mientras la lengua de Grant exploraba más allá de los húmedos rizos.

De pronto le parecía que la cama se hubiese vuelto demasiado pequeña y que la tierra estuviera temblando debajo de ellos. Otra vez volvió a sentir que los músculos de su vientre se tensaban, y palabras incoherentes e intensos gemidos escaparon de sus labios cuando las primeras ráfagas de placer empezaron a invadirla.

—Grant, por favor… —le suplicó ella—. Por favor…

No necesitó decir más. Grant sabía exactamente lo que quería, y después de hacerle una última caricia se irguió. Metió una mano por debajo de sus nalgas para levantarle las caderas, y se colocó, disponiéndose para penetrarla.

—Quizá deberíamos usar un preservativo —musitó ella.

Grant sacudió la cabeza.

—Hoy no quiero que haya barreras entre nosotros —replicó.

—Pero, Grant, cabe la posibilidad de que… Es una posibilidad muy pequeña, pero aun así…

—No.

—Grant…

—Esta vez no quiero que haya nada entre nosotros —insistió él.

Se inclinó sobre ella con ojos oscurecidos por el deseo, y cuando Anna sintió la punta de su erección adentrarse entre sus pliegues ya no pudo pensar en nada más.

Impaciente, levantó las caderas, haciendo que su erección se deslizase unos cuantos centímetros más dentro de su cuerpo. Grant se estremeció, pero luego se inclinó hacia delante y con una embestida certera se hundió por completo en ella.

Mientras la besaba suavemente comenzó a moverse. Anna le rodeó la cintura con los brazos y un profundo gemido abandonó su garganta, pero pronto sus manos subieron por la espalda de Grant, hasta sus hombros, y fueron sus largas piernas las que apresaron sus caderas.

Grant jadeó, como si ya no pudiera seguir conteniéndose, y empezó a embestirla más rápido y con más fuerza al tiempo que murmuraba su nombre una y otra vez.

Anna se unió a él en aquel frenesí, chocando sus caderas contra las de él con la misma ansia, y pronto le sobrevino el orgasmo, como una repentina marea de descargas eléctricas. Grant lo alcanzó poco después que ella, y el placer arrancó de su pecho un grito que sonó casi como el aullido de un lobo.

Anna lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza entre ellos, como si no fuera a dejarlo ir nunca. Le encantaba sentir su peso sobre ella, los fuertes latidos de su corazón contra su pecho, escuchar cómo poco a poco su respiración jadeante se iba normalizando.

Grant estaba exhausto, y aunque acababan de hacer el amor quería hacerlo de nuevo. Quería que lo hicieran en la ducha, contra la pared, con Anna cabalgando sobre él en la cama… Y justo como acababan de hacerlo: sin preservativos, sin nada que se interpusiese entre los dos.

De pronto, sin embargo, un sentimiento de culpa lo invadió. Se había comportado como un irresponsable, como habría hecho su hermana. Por remota que fuese la posibilidad de que Anna se quedase embarazada, no debería haberla subestimado. La paternidad era algo muy serio; él lo sabía mejor que nadie.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Anna—. ¿Quieres que hablemos? Grant exhaló un pesado suspiro y después de salir de ella rodó para tumbarse a su lado sobre la espalda.

—No lo sé.

—¿Quizá sobre lo que te ha dicho el detective?

Grant todavía no le había cantado lo que Ryland le había revelado, y lo cierto era que Anna sentía curiosidad.

—Creen que el marido de mi hermana Grace mató a Spencer y que ella fue su cómplice.

—¿Qué? —Casi exclamó Anna, incorporándose y quedándose apoyada en el codo.

—Y también creen que han sido ellos quienes han estado chantajeando a Spencer todos estos años para sacarle dinero —añadió Grant.

—Pero… ¿por qué?

—Supongo que Grace debió enterarse, igual que yo, de que estaba vivo y de que residía aquí en California, y quiso hacerle pagar por habernos abandonado —contestó él—. Probablemente lo amenazó con ir a la prensa y contar que había estado casado anteriormente y que no había llegado a divorciarse, pero en el momento en que dejó de pagarles fueron a su oficina para tratar de coaccionarlo de nuevo y… bueno, ya conoces el resto.

—¿Y saben por qué dejó de pagarles? —inquirió Anna—. Es curioso que después de tantos años cediendo al chantaje de pronto… —Se quedó callada y abrió mucho los ojos—. Dejó de pagarles porque tú viniste a Napa y lo de su bigamia saltó a los medios murmuró, cayendo en la cuenta.

Grant se incorporó, quedándose sentado, y se pasó una mano por el cabello.

—Así es; en cierto modo es como si todo rato hubiese ocurrido por mi culpa.

—Dios, por supuesto que no —replicó ella—. Jamás pienses eso, Grant.

—Es la verdad, Anna. Si no hubiese venido a Napa Spencer seguiría vivo, ahora no estarían buscando a mi hermana por asesinato y yo no…

—¿Qué?

Grant se volvió, tomó su rostro entre ambas manos y esbozó una sonrisa triste.

—No te habría conocido.

Anna lo besó con ternura.

—Oh, cariño —murmuró Grant—. Jack, tú, Caroline, Eli, y todos los demás me habéis cambiado tanto… No sé qué voy a hacer cuando todo esto termine. —Bueno, para empezar deberías dejar de sentirte culpable de los actos de otras personas— dijo Anna, apoyando la frente contra la de él—. Yo mejor que nadie sé cuánto daño puede hacerte eso.

—Lo sé, pero es que me siento tan furioso, Anna, tan impotente… —Es comprensible, y también es normal que estés triste.

—¿Triste?

—Al fin y al cabo es tu hermana; la quieres; te sabe mal que…

—No.

Anna frunció el entrecejo.

—¿No qué?

—Que no estoy enfadado ni triste porque mi hermana vaya a ir a la cárcel respondió él. No sabía cómo iba a reaccionar a lo que iba a decirle, pero sentía que tenía que ser sincero con ella. —No quiero a mi hermana; dejé de quererla el día en que abandonó a sus hijos sin preocuparse por qué iba a ser de ellos.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas.

—Oh, Grant…

—Sé lo que estás pensando —murmuró Grant bajando la vista avergonzado—: ¿cómo podría alguien no querer a su propia hermana? Pero es que…

—Mi hermana tampoco era una santa —lo interrumpió Anna—. Entiendo que sientas lo que sientes respecto a ella.

—Cuando éramos niños intenté comprenderla, darle mi cariño, bien lo sabe Dios, pero ella me detestaba, detestaba a nuestros abuelos, detestaba la vida que llevaba… Siempre estaba metiéndose en problemas. Yo. Traté de ayudarla, pero no quería mi ayuda.

Anna lo abrazó con fuerza. No es culpa tuya —le dijo—. Tú hiciste lo que pudiste.

No quería odiarla, ni siquiera cuando se marcho, sobre todo porque había traído al mundo a Ford y Abby, y yo los quiero con toda mi alma, pero…

Maldijo entre dientes y apoyó la cabeza en el hombro de Anna.

No era un hombre muy dado a expresar sus sentimientos, a mostrarse débil, pero sabía que podía confiarse a Anna y compartir

su dolor y sus inseguridades con ella.

—Ford y Abigail son muy afortunados de haberte tenido como padre murmuró Anna acariciándole el cabello como si fuera un niño, —y gracias a ti se han convertido en dos personas maravillosas.

—Sí, son unos chicos estupendos —asintió él levantando la cabeza y mirándola a los ojos—. Son mi vida.

—Lo sé —dijo ella acariciándole la mejilla—, pero también deberías empezar a pensar un poco en ti. Yo me he dado cuenta de que querer ser amado no tiene por qué ser algo egoísta, que la vida no consiste sólo en entregarte a los que quieres, sino también en dejarte querer.

Grant no pudo responder nada a eso y se detestó por ello. Se sentía muy confuso y no estaba seguro de merecer el amor de Anna.

De pronto sonó el teléfono de la mesilla de noche, sobresaltándolos a los dos.

Grant dirigió a Anna una mirada tensa.

—¿Crees que soy un cobarde por no querer contestar?

Anna esbozó una media sonrisa.

—No.

Grant suspiró y alargó el brazo para descolgar el aparato.

—¿Diga?

—Señor Ashton, soy Ryland —contestó la voz del detective al otro lado de la línea—. Los tenemos.

—¿Tan pronto?; ¿a los dos?

—Así es. Acabamos de arrestar a su hermana y a su marido.

Capítulo 10

Aquella vez Grant sí le pidió a Anna que lo acompañara, y significó muchísimo para ella que lo hiciera.

Mientras se dirigían a San Francisco por la autopista en la camioneta de Grant, Anna lo observó en silencio.

No había dormido bien la noche anterior y su rostro estaba pálido y ojeroso. Además estaba sentado muy tieso, y tenía asido el volante con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Anna sólo alcanzaba a imaginar lo difíciles que debían ser para él esos momentos.

La pesadilla había llegado a su fin, pero el final no habría podido ser más amargo, y comprendía que se sintiera confuso después del modo en que los acontecimientos de los últimos meses habían alterado su vida.

Para empezar un día había descubierto de repente que su padre no había muerto, sino que seguía vivo.

Había ido hasta allí, hasta California, para que contestara a las muchas preguntas que tenía, pero se había negado a hablar con él, a recibirlo siquiera.

Su asesinato había sido algo que nadie había esperado, y entonces había comenzado su calvario personal cuando lo habían arrestado, acusándolo de ser el autor material del crimen.

No, no habían sido unos meses fáciles. Y por si todo eso fuera poco en ese momento iban camino de la cárcel de San Francisco, la misma en la que había estado encerrado por ese asesinato que no

había cometido.

Grant sintió como si le faltara el aire en cuanto entraron en el bloque de celdas. Anna, que estaba a su lado, le apretó la mano para darle ánimos, pero aunque en ese momento hubieran estado también allí su madre, sus abuelos, y sus sobrinos Grant se habría sentido igual de solo y de angustiado.

El estómago se le revolvía sólo de recordar las noches en vela en la asfixiante celda en la que había estado encerrado y el temor de no volver a ver nunca la luz del sol.

Quería darse media vuelta, salir de allí, pero no podía. Ésa sería la última vez que pisaría aquel lugar, pero aún le quedaba algo por hacer, alguien a quien decirle adiós para siempre.

El detective Ryland estaba allí de pie esperándolos.

—Puede esperar aquí, señorita Sheridan —le dijo señalándole una sala a la derecha.

Anna lo ignoró y se volvió hacia Grant.

—¿Quieres que entre contigo? —le preguntó.

Sin embargo, antes de que Grant pudiera contestar, Ryland les dijo:

—Por lo general sólo se suele dejar pasar a una persona, pero si necesita que ella lo acompañe… por esta vez haremos una excepción.

Grant se quedó algo aturdido por esa inesperada muestra de amabilidad y comprensión. Parecía que por fin el policía se había convencido de que no había tenido nada que ver con el asesinato de Spencer y que estaba ofreciéndose a hacer la vista gorda a modo de disculpa.

Miró a Anna y tomó su cabeza entre ambas manos para besarla en la frente. —Te lo agradezco, pero creo que debo hacer esto solo — le dijo—. Lo entiendes, ¿verdad?

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas pero las enjugó con el dorso de la mano y asintió en silencio.

—Será sólo unos minutos.

Anna esbozó una sonrisa.

—Por eso no te preocupes; tómate el tiempo que necesites.

Grant siguió a Ryland por el mal iluminado pasillo con el corazón en un puño. Poco después el detective se detuvo para hablar un momento con un guarda. Luego se volvió hacia Grant y le

señaló una silla que había colocada frente a los barrotes de una celda al fondo.

—Siéntese —le dijo—. Cuando haya terminado el agente Gerard lo acompañará de regreso a la sala de espera donde se ha quedado la señorita Sheridan.

Los escasos metros que lo separaban de la silla plegable le parecieron un kilómetro entero a Grant. Los pies le pesaban como si estuviese caminando por un campo enfangado tras una tormenta.

Grace estaba sentada en el camastro que había en la celda, con la espalda apoyada en la pared, la cabeza echada hacia atrás.

Su aspecto demacrado hizo que el corazón le diera un vuelco a Grant. Se había quedado muy delgada y apenas la habría reconocido si se la hubiese cruzado por la calle.

En ese momento ella pareció reparar en su presencia porque giró el rostro, lo miró, y dejó escapar un suspiro hastiado.

—Vaya, vaya, vaya… —murmuró—. ¿Qué tenemos aquí?

La voz de Grace sonaba ronca y cascada, y Grant se preguntó si estaría enganchada a las drogas.

—Hola, Grace —le dijo sombrío.

—Hola, hermanito.

—¿Cómo… cómo te tratan?

—¿Acaso te importa?

Grant apretó la mandíbula. Sí, por alguna estúpida razón sí le importaba. Grace se levantó de la cama, fue hasta los barrotes, y cerrando una mano en torno a uno de ellos escrutó su rostro con los ojos entornados.

—¿Qué es lo que quieres?

Grant se quedó callado un buen rato antes de responder. Había demasiadas preguntas que quería hacerle como para escoger sólo una.

—¿Cuánto hace que sabías que Spencer no estaba muerto?

Grace esbozó una sonrisa insolente.

—Desde hace algo más de diez años.

—¿Y cómo lo averiguaste?

Su hermana resopló, como si sus preguntas le parecieran estúpidas.

—Por la televisión. Salió en las noticias. Lo sacaron sólo de refilón, pero al verle supe que era él —contestó—. Recordaba su

cara por esa fotografía que nuestra madre tenía en la mesilla de noche.

Grant sabía muy bien a qué fotografía se refería porque de hecho era la misma por la que él había reconocido a Spencer unos meses atrás.

—Yo también lo vi en la televisión —dijo.

—¿Y lo dejaste todo y viniste aquí, a California, para buscarlo, no es cierto?

—Tenía que verlo; necesitaba respuestas.

—¿Y te las dio? —inquirió ella con desdén, como si supiera que no había sido así.

Grant enarcó una ceja al comprender que ella había hecho lo mismo.

—No —murmuró—. Se negó a verme cada vez que fui a intentar hablar con él.

Su hermana dejó escapar una risotada desagradable.

—Hicimos la misma idiotez —masculló sacudiendo la cabeza—. Está visto que verdaderamente somos gemelos. No somos tan distintos después de todo, ¿eh?

Grant se sintió repugnado al oírle decir aquello. Llevaban la misma sangre, pero el jamás haría algo semejante a lo que ella había hecho.

—Te equivocas; tuvimos el mismo punto de partida, pero nuestros caminos no habrían podido divergir más de lo que lo han hecho.

—Pues sí; tú te has perdido toda la diversión.

—No sé qué significado tiene para ti la palabra «diversión», pero no soy yo el que está tras las rejas, Grace.

Una sonrisa pérfida se dibujó lentamente en los labios de su hermana.

—Pero lo estuviste, ¿no es cierto?

El corazón le dio un vuelco a Grant.

—Lo sabías… —murmuró espantado.

Grace volvió a sonreír con malicia.

—Lástima que te acusaran a ti del asesinato de Spencer.

—Sabías que me habían arrestado y que yo no lo había matado, y aun así no hiciste…

—Nada —asintió ella para luego encogerse de hombros—;

justamente.

Por primera vez en su vida Grant vio a su hermana como lo que era; no la oveja descarriada, la chica rebelde a la que creía que podría ayudar, sino como una persona fría y con el corazón endurecido.

—Parece que no sientes remordimiento alguno por lo que has hecho.

—Para empezar fue Wayne quien apretó el gatillo, no yo, pero sí, la verdad es que me alegro de que esté muerto —le espetó ella—. Y te diré más: sentí una gran satisfacción al ver el miedo en su rostro.

Grant sacudió la cabeza horrorizado.

—Eres un monstruo.

—¡Y tú un hipócrita! —le gritó ella—. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero estoy segura de que querías verlo muerto tanto como yo.

Grant apretó los puños.

—No; yo quería que pagara por lo que hizo.

Grace golpeó los barrotes con la mano.

—¡Y pagó, maldita sea!; ¡pagó con su vida!

Grant sacudió la cabeza de nuevo.

—Lo que hiciste estuvo mal.

Su hermana se rió con desprecio.

—¿Cuándo te volviste tan blando? Oh, espera, ahora recuerdo que siempre lo fuiste. Hasta te hiciste cargo de mis dos mocosos.

Sus palabras no le afectaron en lo más mínimo. De todas las cosas que había hecho en su vida, de la que más orgulloso se sentía Grant era de haber criado a sus sobrinos.

—Dejaste de ser su madre en el momento en que los abandonaste como nuestro padre hizo con nosotros —le espetó—; no eres mejor que él.

Los fríos ojos de Grace relampaguearon.

—¿Vas a decirme ya para qué has venido o no? —masculló—. ¿Quizá has venido a intentar sacarme de aquí pagando una fianza? Eso se te daba tan bien… —Es verdad que solía hacerlo; te sacaba siempre de los líos en que te metías le dijo Grant—, pero esta vez no, Grace. He venido a despedirme; he venido a decirte que siento en lo que te has convertido y que espero que puedas arrepentirte y

que algún día puedas estar en paz contigo.

Sin decir una palabra más se dio la vuelta y se alejó. Mientras caminaba oyó a Grace golpeando los barrotes de la celda y gritándole:

—¡No quiero tu compasión; no la necesito! ¡Puedes guardártela y metértela por donde te…!

Grant no oyó el resto. Todavía se notaba un nudo de angustia en la garganta por haber perdido por completo a su hermana, pero ya no sentía ira. Había cerrado la puerta del pasado y no volvería a mirar atrás.

Cuando llegó a la sala de espera buscó a Anna con la mirada y la encontró sentada junto a una ventana con la mirada perdida fuera, en el cielo plomizo.

Debió oírlo entrar sin embargo, porque de pronto giró la cabeza y al verlo se levantó y fue junto a él.

Grant le abrió los brazos y Anna se abrazó a él. La sensación de su cuerpo cálido apretado contra el suyo era tan agradable… No se había sentido tan feliz de ver a nadie en toda su vida.

—Ya ha acabado todo —murmuró contra su cabello.

—¿Estás bien? —inquirió ella.

—No, pero lo estaré.

Anna levantó la cabeza y lo besó.

—¿Te he dado ya las gracias por haber venido conmigo? —le susurró Grant—. Sí, lo has hecho —respondió ella mirándolo a los ojos—. Y ahora vámonos de aquí.

Grant esbozó una sonrisa, tomó su mano, y cuando salieron de la prisión se la apretó suavemente e inspiró profundamente, dejando para siempre atrás el pasado.

El trayecto de regreso a Las Viñas lo hicieron prácticamente en silencio. Grant tenía la sensación de que Anna quería darle a entender que comprendía que en esos momentos no tenía ganas de hablar, y no le hizo ninguna pregunta con respecto a su hermana.

No sólo era buena y hermosa, sino también prudente. Sabía que con el tiempo se abriría a ella, que únicamente necesitaba un poco de tiempo para digerir lo que había pasado, y quizá incluso llamar primero a Ford y a Abigail.

Ford y Abigail… Dios, sí, tendría que hablar con ellos, explicarles lo sucedido, pero no sabía cómo podría explicarles lo

que había hecho su madre y el triste futuro que le esperaba. No, no sabía cómo lo haría, pero tenía que hacerlo, y tenía que regresar a Nebraska.

No podía quedarse por más tiempo en Las Viñas. Caroline, Lucas, y sus hermanastros no querrían que siguiera allí ahora que sabían que su hermana era una asesina. Había visto la expresión de espanto en el rostro de Caroline cuando el detective les había contado lo que habían averiguado.

Sintió una punzada de melancolía en el pecho. Iba a echarlos de menos; a todos. Había llegado a considerarlos verdaderamente como familia, y detestaba pensar que probablemente no querrían volver a dirigirle la palabra ni a tener trato con él.

Minutos después llegaban a la finca y Grant detenía su camioneta frente a las antiguas cocheras.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Anna cuando apagó el motor —. Podríamos ir a comprar una *pizza* o algo así.

Grant se quedó callado y sus ojos buscaron los de ella.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —le preguntó.

—¿Cómo podría marcharme y dejarte solo? —le espetó ella en un suave tono de reproche—. Pues claro que voy a quedarme —le dijo extendiendo la mano para tomar la suya y apretársela.

—Gracias —murmuró Grant emocionado.

Se bajaron del vehículo y se dirigieron hacia la puerta de la mano, pero cuando ya estaban sólo a unos pasos Grant se detuvo.

—Que raro… —murmuró frunciendo el entrecejo.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—¿Me dejé la televisión encendida? Se oyen voces.

—Yo no recuerdo siquiera que la tuvieras encendida antes de que nos marcháramos —replicó ella extrañada también.

Al entrar, para su sorpresa, se encontraron con que el ruido que se escuchaba dentro de la vivienda no era de la televisión, sino que Caroline, Lucas, sus hijos y sus parejas estaban allí reunidos.

Capítulo 11

—No pretendíamos molestar —les dijo Mercedes a Grant y a Anna, levantándose del sofá en el que estaba sentada junto a su marido Jared.

Eli, que estaba de pie al lado de la chimenea, dio un paso adelante.

—Sólo queríamos que supieras que tienes… bueno, nuestro apoyo y… en fin, ya sabes…

—Oh, por amor de Dios —dijo a su lado su esposa Lara, poniendo los ojos en blanco—. Lo que Eli quiere decir es que todos te apreciamos, Grant, y que lo que ha ocurrido no va a hacer que eso cambie.

—Exacto —asintió Cole, que ocupaba un sillón orejero con una sonriente Dixie sentada en su regazo—. Llevamos un año horrible, pero ahora por fin podremos dejar todo este desagradable asunto atrás y seguir con nuestras vidas.

Jillian, que no estaba acompañada por Seth pues seguramente se habría quedado al cuidado de Jack y Rachel fue hacia Grant y le dio un abrazo.

—Puedes contar con nosotros para lo que sea —le dijo.

—Gracias —murmuró Grant emocionado—; gracias a todos.

Anna también se sintió conmovida por el gesto de sus familiares. Al parecer ellos habían llegado a conocerlo tan bien como ella y sabían que, aunque era absurdo, Grant se culpaba a sí mismo por lo que había hecho su hermana y que había creído que le darían la espalda, que no querrían tener nada que ver con él.

Verdaderamente eran unas personas maravillosas, se dijo mirándolos a todos con una sonrisa. Se habían unido como una piña y allí estaban para ofrecerle su apoyo.

Caroline, que pareció advertir su incomodidad, se acercó, entrelazó un brazo con el de él y el otro con el de ella.

—Venid; vamos al comedor. Debéis estar hambrientos los dos —les dijo—. Hemos traído comida… y vino, por supuesto.

—Y podéis estar tranquilos: no es nada que haya cocinado Jillian —dijo Colé con una sonrisa maliciosa.

—Muy gracioso —masculló su hermana lanzándole una mirada furibunda que le hizo echarse a reír.

Caroline, su marido, y sus hijos y sus parejas se quedaron poco más de una hora porque no querían molestar, pero pasaron un rato muy agradable charlando, comiendo, y bebiendo.

Grant, sin embargo, se sentía melancólico cuando se marcharon. Le aliviaba que por fin se hubiera resuelto el asesinato y que no estuviera ya bajo sospecha, pero aquello significaba también que era libre para marcharse si así lo quería, y le entristecía la idea de dejar atrás a Anna y a aquellas personas que se habían convertido verdaderamente en una familia para él. Se levantó del escalón del porche donde se había sentado y regresó dentro. Se acercó por detrás a Anna, que estaba apilando los pocos platos que quedaban en la mesa, y le rodeó la cintura con los brazos.

—Este gesto tan bonito me ha abrumado un poco —le confesó.

Anna se rió suavemente.

—Lo imagino, pero ellos sólo quieren que te sientas como uno más.

—Lo sé.

Anna se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—¿Qué es lo que te preocupa, Grant?

—No lo sé.

—Pues claro que lo sabes; háblame.

—No es nada; sólo que… no sé, todavía me resulta difícil hacerme a la idea.

—¿A qué idea? —inquirió ella.

—Pues a que de repente tengo una familia de verdad a la que quiero y que me quiere: hermanas, hermanos… Me siento tan… confuso. Hasta ahora creía saber quién era, dónde estaba mi hogar,

pero ahora ya no estoy tan seguro y el futuro se presenta tan incierto…

—Es natural que te sientas así, Grant —le dijo ella acariciándole la mejilla.

—Y tú eres tan buena conmigo… —murmuró él—. No te merezco.

—Quizá no —lo picó ella con una sonrisa traviesa—, pero yo no puedo evitar quererte.

Grant agachó la cabeza y sus labios descendieron sobre los de ella.

Anna exhaló un suspiro, le rodeó el cuello con los brazos, y se apretó contra su cuerpo. La pasión se apoderó de ambos de tal modo que casi perdieron el equilibrio. De hecho Anna se tambaleó hacia atrás, yendo a chocarse con la encimera de la cocina, pero ni siquiera entonces interrumpieron el beso. Sólo cuando empezó a faltarles el aire despegaron sus labios. Jadeante, Grant le peinó el cabello con los dedos y le preguntó en un susurro.

—¿De verdad vas a quedarte conmigo esta noche?

Anna se mordió el labio inferior.

—Sé que te lo había prometido, pero es que Jillian me ha dicho antes que Jack había estado preguntando por mí y…

—Tranquila; lo entiendo —le dijo él apresuradamente—. Está bien; no pasa nada. En serio.

—Si Jillian no me hubiese dicho eso me quedaría, de verdad, pero… —insistió ella, como si tuviese que justificarse.

No hacía falta que lo hiciese. Grant, que había criado a sus sobrinos, sabía muy bien que cuando había niños los niños eran lo primero. Sin embargo, no podía evitar ser egoísta respecto a Anna. En ese momento la quería sólo para él y se sintió irritado consigo mismo por ello.

—Vamos, te acompañaré a la puerta —le dijo volviéndose y dirigiéndose hacia allí. —Ya acabaré yo de recoger eso.

—Grant, lo siento mucho, de verdad —insistió Anna yendo tras él—. Quería quedarme contigo esta noche, de verdad.

Grant, que estaba abriendo la puerta, se volvió para mirarla con la mano en el picaporte.

—Anna, durante todos estos meses has estado a mi lado —le dijo —. Ya va siendo hora de que deje de depender de ti.

El rostro de Anna se ensombreció y Grant se sintió como un canalla.

—Hasta mañana entonces —murmuró ella con una sonrisa forzada, antes de salir.

—Anna, espera.

Ella se giró y Grant sintió una punzada en el pecho al ver la expresión dolida en sus ojos.

—¿Sí?

—Querrías que te hubiera dicho que te necesito, ¿verdad?

Anna frunció el entrecejo sin comprender.

—¿Qué?

—Sé que te gustaría que admitiera que no sólo siento deseo por ti, sino que también te necesito.

—No te entiendo, Grant.

—No es justo que sólo quiera sexo; que te pida que pases la noche conmigo… —Grant, no digas tonterías— lo cortó ella—. Sé que has tenido un día horrible y que…

—Anna, por favor, no me psicoanalices.

Ella inspiró profundamente y sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir es que Jack es el motivo por el que no puedo quedarme contigo esta noche. Nada más.

—No estoy hablando de esta noche —replicó él pasándose una mano por el cabello—. Estoy hablando del futuro.

—No sabía que hubiera un futuro para nosotros —le espetó ella con aspereza.

Grant apretó la mandíbula lleno de frustración. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué había iniciado una pelea? ¿Por qué había sacado una conversación que todo ese tiempo había rehuido?

¿Era porque quería a toda costa que se quedase esa noche con él?, ¿o era para que se enfureciese con él y le resultase menos difícil dejarla atrás cuando se marchase?

—Mi vida y mi futuro están en Nebraska —le dijo sin saber por qué. Anna resopló, como si se le estuviese agotando la paciencia.

—Perfecto.

—¿Perfecto? —repitió él.

—Sí, me parece estupendo.

—¿Ni siquiera vas a intentar rebatirme lo que digo? —le dijo él irritado.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —le espetó ella—. Es tu vida, Grant. Eres tú quien debe tomar tus propias decisiones… ya conlleven felicidad o te hagan lamentarte luego —se quedó callada un instante y la expresión de su rostro se suavizó—. Yo te quiero, Grant, pero el futuro depende de las elecciones de cada uno y yo no puedo decidir por ti.

Al ver que él no decía nada levantó los brazos al aire, como si se sintiese tan frustrada como él.

—Yo quiero que seas feliz; eso es todo lo que quiero. He luchado todo lo que he podido por nosotros y no puedo hacer más. Ahora es a ti a quien te toca mover ficha… si es que quieres hacerlo.

Sin esperar una respuesta se dio media vuelta y se alejó.

Grant se quedó allí de pie viéndola marchar y sintiéndose terriblemente solo. Entró en la casa, cerró de un portazo, y se dirigió a la mesa, donde quedaba una botella de vino tinto. Le quitó el corcho y dio un largo trago. Hacía al menos veinte años que no se emborrachaba, pero después del día que había tenido quizá lo mandase todo al diablo y ahogase sus penas en el alcohol.

Capítulo 12

La luna llena brillaba de un modo inusual aquella noche y su pálida luz, que se filtraba a través de la fina cortina blanca, iluminaba las facciones del pequeño Jack.

Anna estaba sentada junto a su cuna, observando cómo dormía plácidamente, pero su mente no dejaba de recordar una y otra vez la discusión que había tenido esa noche con Grant.

No podía haber sido más claro respecto a lo que quería, pero de algún modo quería creer que Grant no sentía de verdad las cosas que le había dicho y que si le había hablado como le había hablado había sido porque su corazón estaba dividido.

No sabía si Grant la amaba como ella lo amaba a él, pero sabía que sí sentía algo por ella, y tenía la impresión de que era posible que estuviese negando esos sentimientos por temor al cambio o por un exacerbado sentido de la responsabilidad hacia sus sobrinos, que ya eran adultos y habían abandonado el nido.

En fin, como ella le había dicho la decisión sólo podía tomarla él, y sentía que había hecho lo correcto al haberle dicho lo que pensaba.

Se echó hacia atrás en la mecedora en la que estaba sentada y dejó escapar un suspiro. No había nada más que ella pudiera hacer. No podía perder por completo su dignidad y ponerse de rodillas ante él para suplicarle que se quedase.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo de la mecedora, y el suave ruido de la respiración acompasada del pequeñín dormido en su cunita hizo que al cabo de un rato los párpados empezasen a cerrársele y que el sueño la arrastrase.

Grant se sirvió otro vaso de tinto y se sentó en el porche con la botella en una mano y el vaso en la otra, sintiéndose como un adolescente con el corazón roto. Estaba empezando a sentir los efectos del alcohol y estaba dispuesto a seguir bebiendo hasta que el vino lo atontara por completo.

Quería que aquel día acabase de una vez.

—Ningún hombre debería beber solo.

Grant alzó la vista y vio a Eli y a Colé acercándose a la casa con sendas sonrisas burlonas en los labios.

—Creía que os habíais ido a casa —masculló Grant.

Colé se sentó a su lado.

—Pensamos que quizá necesitases a alguien con quien hablar —dijo.

—Gracias pero no —respondió Grant negando con la cabeza—. Estoy bien. —Venga ya, Grant— le reprochó Eli riéndose—. Colé y yo sabemos lo que se siente cuando una mujer te rechaza, ¿verdad, hermano?

Colé frunció una ceja y enarcó la otra, como si estuviese considerando sus palabras.

—Bueno, la verdad es que a mí nunca me ha rechazado una mujer —murmuró frotándose la nuca. Eli frunció los labios.

—Porque desde que acabaste tus estudios has vivido por y para el trabajo —le espetó.

—No es cierto; lo que pasa es que tienes envidia —replicó Colé.

Grant exhaló un pesado suspiro.

—Siento interrumpir esta interesante conversación vuestra sobre la suerte que Colé tiene con las damas, pero…

—No es verdad que tenga suerte —le espetó Eli sin dejarlo acabar—. Sólo salió con una chica cuando estaba en el instituto.

—El que tú no me vieras con otras no significa que no las hubiera —apuntó Cole con una sonrisa burlona.

Grant estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Os importaría dejar de discutir ya?

—No estamos discutiendo —replicó Eli—. Pero tienes razón,

estamos siendo muy desconsiderados; habíamos venido a animarte y ya ves, nos hemos puesto a hablar de tonterías.

—No hace falta que me animéis; estoy muy animado —masculló Grant—. Ya, claro, has tenido un día estupendo: tu hermana está en la cárcel, no sabes si quieres volver a Nebraska o no, y la mujer a la que amas va y te deja.

Colé asintió con la cabeza.

—Eso haría a cualquiera hacer lo que has hecho tú; agarrar una botella y…

—¡Maldita sea, nadie me ha dejado! —lo cortó Grant irritado.

Colé miró en derredor.

—¿Y entonces dónde está Anna?

—Ha vuelto a la cabaña, con Jack.

—Ah, Anna es una madre estupenda, ¿verdad? —le dijo Eli a su hermano—. Seguramente también sería una gran esposa.

—Ya lo creo —dijo Cole siguiéndole la corriente—. Es guapa, dulce, simpática… me sorprende que todavía no hayan intentado echarle el lazo.

Grant se bebió el vaso de vino de un trago y se sirvió otro mientras farfullaba algo incomprensible sobre lo fastidiosos que podían ser a veces los familiares.

—A mí me gustaría que Anna y Jack se quedasen a vivir en Napa, ¿a ti no? —le preguntó Cole a Eli, ignorando a Grant como si no estuviese allí—. Después de todo es nuestro hermano.

—Deberíamos buscarle un marido a Anna —sugirió Eli con una sonrisa socarrona, mientras miraba a Grant de reojo—. Yo tengo un montón de amigos que matarían por tener una cita con ella.

—¿Qué me dices de nuestro contable? —dijo Cole—. Es un buen tipo, bastante joven… y no es tan feo si no te fijas en todas esas pecas que tiene y en que ya se está quedando calvo.

Grant estaba empezando a perder la paciencia. El solo imaginarse a Anna con otro hombre le estaba haciendo sentirse horriblemente celoso.

—¿Un contable? —Casi rugió.

—¿Qué tiene de malo que sea contable? —le espetó Eli con una sonrisa maliciosa.

—Sí, ¿qué tiene de malo? —Lo picó también Cole encogiéndose de hombros—. Es un hombre de altura…, bueno, «altura» quizá sea

una palabra poco afortunada porque sólo mide un metro sesenta y cinco, pero es un buen tipo.

Grant les lanzó una mirada furibunda.

—Idos a freír espárragos.

Los dos hermanos se rieron.

—Vamos, Grant, no te lo tomes a mal —le dijo Cole—. Sólo estamos bromeando, pero no para molestarte, sino porque nos gustaría que abrieras los ojos antes de que lo pierdas todo.

—¿Perder el qué? —Gruñó Grant, ya bastante exasperado.

Eli se cruzó de brazos y lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Acaso no sabes la respuesta a esa pregunta?

—Sí, sí que la sé —masculló Grant bajando la cabeza.

—¿Y entonces qué?, ¿vas a volver a Nebraska o vas a quedarte? —le preguntó Cole.

—No tengo ni puñetera idea.

—Ford se ha casado; Abby también —apuntó Eli—. ¿Qué hay de ti? ¿No quieres tener tu propia vida?

—Ellos son mi vida.

—No, Grant; ellos fueron tu vida. Ya no son tus polluelos —le dijo Cole.

—Hablas igual que Anna.

Cole enarcó una ceja y se volvió hacia su hermano.

—Fíjate además tiene sentido común. Anna es una joya. Verás cuando se la presentemos a Milton.

Grant apretó la mandíbula.

—Como se la presentéis a alguien os retuerzo el pescuezo.

—Ah, el amor… —murmuró Eli con un cómico suspiro.

—¿Quién ha hablado aquí de amor? —masculló Grant.

—Venga, hombre, si se te ve en la cara que estás loco por ella —le dijo Cole.

—Si no te importara no acabarías de amenazarnos con rompernos el cuello como has hecho —apuntó Eli con una sonrisa.

Grant tuvo que admitir para sus adentros que tenían razón. Junto a Anna se sentía joven, se sentía vivo.

—Cásate con ella y quédate a vivir aquí —le dijo Cole.

En ese momento, sin embargo sonó el teléfono dentro de la casa, interrumpiendo su conversación.

—¿Quién llamará a estas horas? —se preguntó en voz alta Eli—.

A lo mejor es Anna —sugirió Cole con una sonrisa traviesa.

Grant se puso en pie de un salto y corrió dentro a contestar el teléfono.

—¿Diga?

—¡Eh!, hola, tío Grant; soy Ford.

A Grant le dio un vuelco el corazón al oír la voz de su sobrino. Había pensado esperar a la mañana siguiente para llamarlos a su hermana y a él para decirles lo de su madre, pero parecía que el destino iba a obligarlo a dejar a un lado su cobardía.

Se asomó a la puerta entreabierta e hizo saber a Colé y a Eli por señas que se trataba de una llamada importante y que ya los vería al día siguiente. —¿Cómo estás, hijo?, ¿va todo bien?— le preguntó a su sobrino.

—Bien, todo bien.

—¿Sí?, ¿y cómo está Abby?

Ford se quedó callado un momento.

—Bueno, en realidad por eso te llamaba.

—¿Se encuentra bien? Dios, debería estar ahí cuidando de ella. Es su primer parto y…

—De eso se trata: ya ha tenido a los gemelos.

—¿Qué? Pero si aún faltaba un mes para que saliera de cuentas.

Ford se reía al otro lado de la línea.

—Lo sé, pero ya ves, parece que han decidido que no querían esperar más tiempo para venir al mundo. Hace un par de horas se puso de parto y la llevamos al hospital. Quería haberte llamado antes pero ha sido todo tan rápido… Han tenido que hacerle cesárea, pero… —¿Cesárea?— casi gritó Grant, presa de la preocupación.

—Sí, sí, pero ha salido todo bien y ella está perfectamente. Está loca de contenta, de hecho.

—¿Y los bebes?

—Son una preciosidad y han nacido muy sanos —le dijo Ford—. Russ y ella están radiantes de felicidad. Y yo… bueno, ahora ya sé lo que se siente al ser tío —añadió.

La noticia provocó en Grant sentimientos encontrados. Por una parte se sentía aliviado de que Abby y los bebés estuviesen bien, pero por otro se sentía mal por no haber estado allí.

—¿Tío Grant?

—Tendría que haber estado allí —murmuró él apesadumbrado, sacudiendo la cabeza.

—Y has estado —replicó Ford—. Abby y yo te llevamos siempre con nosotros en el corazón, y nunca olvidaremos todas las cosas que hemos aprendido de ti. Tendrías que haber visto a Abby; ha estado muy tranquila todo el tiempo. No te preocupes por no haber podido estar presente, tío Grant. Ya verás a los bebés y a Abby cuando vuelvas a casa.

—Y parece que será muy pronto —murmuró Grant quedamente.

—¿Qué? —inquirió su sobrino sorprendido.

—Hay algo que tengo que decirte, Ford, y me temo que no es lo que se dice una guinda para coronar el día.

—Parece algo serio.

—Lo es. Es sobre tu… es sobre Grace.

Durante los minutos siguientes Ford escuchó en silencio mientras le explicaba todo: el chantaje y la extorsión a los que Grace y su marido habían sometido a Spencer, cómo los había descubierto la policía, su conversación con ella en la cárcel…

Cuando Grant hubo acabado de hablar se quedó un momento en silencio, pero luego dijo con voz resuelta:

—Me alegra que todo haya acabado.

—Y yo siento que el final haya sido tan amargo —dijo Grant con un nudo en la garganta—. Habría querido poder ayudar a vuestra madre, pero…

—Tío Grant —lo interrumpió Ford—: por favor no te sientas culpable por esto. Tú has sido para Abby y para mí nuestro padre y nuestra madre; nos has dado todo tu cariño, y nos sentimos muy agradecidos hacia ti.

Grant tragó saliva pero fue incapaz de articular palabra.

—Sin embargo… —añadió su sobrino—… nos gustaría que tú tuvieras también lo que nosotros tenemos.

—¿El qué, hijo?

—El amor.

—Ya tengo amor; tengo el vuestro.

—Y siempre lo tendrás —le aseguró Ford—, pero te estoy hablando de la clase de amor que yo siento por Kerry y Abby por Russ. Cuando tienes la suerte de encontrar algo así no debes dejarlo escapar.

Cuando Grant colgó el teléfono poco después se quedó pensando un momento en lo que le había dicho su sobrino, en lo que le habían dicho Cole y Eli, se quedó pensando en todo aquello de tomar decisiones… y tomó la que su corazón le había estado pidiendo todos esos meses que tomase.

Capítulo 13

Anna se despertó desorientada y con un dolor punzante en el cuello y los hombros. Jack, que se había despertado también, se incorporó en su cunita y la llamó con un «mamá» tan dulce y una voz tan soñolienta que a Anna se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Buenos días, cariño.

Jack agarró a su oso de peluche y empezó a hablar con él. Anna se estiró, desperezándose, y se frotó los ojos.

De pronto llamaron a la puerta, sobresaltándolos al pequeño y a ella. Apenas habrían pasado un par de segundos cuando volvieron a llamar, con más insistencia.

Anna frunció el entrecejo y sacó al pequeño de la cuna, tomándolo en brazos, para ir a abrir. ¿Quién podría ser?

No había llegado todavía a la puerta cuando oyó la voz de Grant gritando a pleno pulmón:

—¡Despertad, dormilones!, ¡despertaos!

El corazón le dio un vuelco a Anna, pero abrió la puerta y le espetó a Grant:

—¿Tienes idea de la hora que es?

—Las siete de la mañana.

—Exacto. ¿Y se puede saber qué…?

Grant puso una mano sobre sus labios para imponerle silencio.

—Nada de preguntas.

Anna se quedó mirándolo de hito en hito. Tenía el cabello húmedo, como si acabara de ducharse y hubiera salido corriendo, y tenía cara de cansancio.

—«Guant», «Guant»… —lo llamó el niño extendiendo los bracitos hacia él.

Grant esbozó una amplia sonrisa y tomó al pequeño.

—¿Qué pasa, chavalín? —lo saludó revolviéndole el cabello—. Vengo a invitaros a desayunar —le dijo a Anna.

—Te lo agradezco, pero tengo muchas cosas que hacer hoy —le contestó ella. No creía que fuese una buena idea hacer como si no hubiesen tenido la discusión del día anterior.

—Vamos, Anna, sólo vamos a desayunar: huevos revueltos, beicon, unas tostadas…

—¿Dónde «amos»? —le preguntó el chiquillo a Grant, tocando su pelo mojado.

Grant lo miró y luego miró a Anna.

—Es una sorpresa, pero sé que os ya a encantar.

—¡Nam, ñam! —gritó el niño excitado.

—¿Lo ves? Jack quiere venir —le dijo Grant a Anna.

—Pero si estamos en pijama —replicó ella.

—¿Y qué? —le contestó Grant sonriendo—. Vamos, Anna, ¿dónde está tu sentido de la aventura? Anda, haz esto por mí.

Anna era incapaz de negarle nada, sobre todo cuando se comportaba así, como un adolescente alocado. Lo quería demasiado. Sin embargo no iba a dejarse ablandar. Mantenía lo que le había dicho la noche anterior. Grant tendría que tomar una decisión… y hacerlo pronto.

El corazón de Anna palpitó con fuerza cuando Grant detuvo la camioneta frente a la casa en venta a la que la había llevado la noche en que habían salido juntos. ¿Por qué los había llevado allí?

Se bajaron del vehículo y con Jack en brazos Anna se volvió hacia Grant.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le preguntó con un nudo en la garganta.

—Quería enseñarle la casa a Jack.

—Creía que ibas a llevarnos a algún sitio a desayunar.

—Y a eso hemos venido también —contestó él.

Le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y rodearon la vivienda. Anna no comprendía nada; sólo sabía que no quería permanecer un minuto más allí, en una casa con la que soñaría toda su vida pero en la que nunca viviría.

Grant se detuvo y señaló una mesa redonda en medio del jardín, bajo una pérgola blanca.

—¿Lo ves?

Anna no salía de su asombro. La mesa estaba cubierta con un mantel precioso, y había sido dispuesta con hermosas copas de cristal tallado y tazas y platos de blanca porcelana. Había una jarra con zumo de naranja, jarras con leche y café, fuentes tapadas que despedían aromas deliciosos…

—Caroline me ha ayudado un poco —admitió Grant.

De pronto Jack se revolvió en los brazos de Anna muy excitado.

—¡Mamá, mamá!

Anna lo miró aturdida.

—¿Qué pasa, cariño?

—¡«Tuga», «tuga»!

Anna miró en la dirección que el niño señalaba y vio un enorme recipiente hueco de plástico con forma de tortuga sobre el césped, a unos metros de ellos. Estaba lleno de fina y blanca arena, y sobre ella había un cubo, una pala, un rastrillo, y otros juguetes de vivos colores.

—¡«Tuga»! —gritó el niño revolviéndose de nuevo en sus brazos.

Anna lo dejó bajar y el chiquillo corrió hasta allí, olvidándose por completo de ellos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Grant al verla tan seria.

—¿Esto es una broma? —le preguntó ella a su vez, volviéndose hacia él mientras el pequeño se sentaba en la arena y se ponía a jugar.

—¿Por qué habría de ser una broma?

—Yo… no entiendo nada, Grant.

—¿No te gusta este sitio?

Anna alzó la vista hacia él y sacudió la cabeza.

—Por supuesto que me gusta, ¿pero qué importa eso ahora?

—A mí me importa —le respondió él.

—¿Por qué?

—Porque he comprado esta casa.

Anna lo miró boquiabierta.

—¿Que has hecho qué?

—La he comprado —repitió él muy calmado.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana. Pillé al agente inmobiliario en la cama cuando lo llamé —le contó Grant riendo—, pero en cuanto le dije que estaba decidido a comprar me preguntó que a qué hora quedábamos para firmar el contrato.

Anna volvió a sacudir la cabeza.

—Pero ¿para qué la has comprado? ¿Para tener un sitio donde alojarte cuando vengas a visitar a la familia?

—Bueno, más o menos ésa es la idea. Quiero volver a Nebraska a pasar el invierno, a ver a Ford y a Anny, a ver a mis nietos…

—¿Qué?

Grant asintió con la cabeza y sonrió.

—Ya soy abuelo. Abby se puso de parto anoche y ya ha tenido a sus bebés. Ford me llamó para decírmelo y según parece todo ha salido estupendamente.

—Vaya. Pues felicidades.

—Gracias.

Anna intentó ignorar la punzada de dolor que sintió en el pecho. Grant ya había tomado su decisión y esa decisión no la incluía a ella.

—Caray —murmuró—. Ahora eres abuelo, tienes una casa nueva… Me alegro por ti, Grant.

Y era la verdad. Quería lo mejor para él, porque lo amaba, aunque en esos momentos su corazón estuviese haciéndose añicos.

—No te alegres por mí; alégrate por nosotros —dijo él tomando su rostro entre ambas manos.

—¿Nosotros? —repitió ella vacilante.

—Por Jack, por ti, y por mí —respondió él.

Una suave brisa se levantó en torno a ellos, agitando el escaso follaje que quedaba en los árboles. —Grant, ¿qué estás diciendo?

—Cariño, esta casa es nuestra. Quiero que vivamos aquí, los tres juntos. Jack, tú, y yo; como una familia.

Anna casi no podía respirar. Era como si el corazón fuese a estallarle de dicha. Casi no se atrevía a creer lo que estaba oyendo. Una familia… Aquello era algo que había ansiado desde hacía tanto tiempo… Y una familia con Grant, con el hombre al que adoraba…

Si aquello era un sueño no quería despertarse.

—Pero… ¿y qué pasa con Ford, y con Abby, y con tus nietos? —inquirió preocupada—. ¿No los echarás de menos?

—Iremos a verlos —le respondió Grant-Pasaremos allí algunas temporadas.

Quiero que Jack y tú conozcáis mi granja, mis raíces…

Los ojos de Anna se habían llenado de lágrimas.

—Eso me encantaría.

Grant inclinó la cabeza y la besó, primero en un párpado y luego en el otro. —Te quiero tantísimo, Anna… Tú has vuelto a hacer de mí un hombre completo, ¿lo sabías?— dijo apoyando la frente en la de ella—. Me has hecho ver que no estaba viviendo de verdad.

—Yo también te quiero, Grant.

—¿Te casarás conmigo?

El corazón de Anna palpitó con fuerza.

—¿De verdad es lo que quieres?

—Dios, ya lo creo que lo quiero —murmuró él bajando de nuevo la cabeza para besarla en los labios.

Anna no quería que aquel beso terminase nunca. Grant la rodeó con los brazo y la estrechó con fuerza, transmitiéndole con ese beso todo lo que sentía por ella.

Cuando finalmente despegaron sus labios Grant volvió a apoyar la frente en la de ella y le preguntó en un susurro:

—¿Eso era un «sí»?

Anna sonrió y le mordió el labio inferior.

—Eso era un «por supuesto que sí».

—Mamá, mamá…

Anna bajó la vista hacia Jack, que había vuelto con ellos.

—¿Qué pasa, tesoro?

El niño le señaló la tortuga y luego la miró.

—¿Nene queda?

Anna comprendió que en su lenguaje infantil estaba preguntándole si podrían llevarse con ellos la tortuga y los otros juguetes.

—Sí, ahora son tuyos —le dijo Grant tomándolo en brazos—, pero no tendréis que llevárnoslos porque no os vais. A partir de ahora está será tu nueva casa —le anunció con una sonrisa. Luego rodeó a Anna con el brazo y, mirándola con amor, añadió—:… nuestra casa.

Epílogo

Día de Acción de Gradas

—Jillián, ese pastel tiene que estar mas que listo; sácalo ya —le dijo Caroline a su hija mientras salteaba unas verduras para el relleno del pavo.

—Voy —contestó Jillian.

—¿Tienes puestas las manoplas? A ver si ti vas a quemar al sacarlo del horno —le dijo socarrona Mercedes, que estaba pelando patatas junto al fregadero, de espaldas a ella.

Lara y Dixie, las esposas de Eli y Cole, que estaban también de espaldas a ella, desgranando unas mazorcas de maíz, apenas pudieron aguantarse la risa.

Jillian les lanzó una mirada irritada.

—Pues claro que las tengo puestas —le espetó a su hermana.

Sin embargo la verdad era que no se había acordado de ponérselas, y aprovechando que nadie estaba mirándola abrió un cajón y sacó un par.

Los labios de Anna, que estaba de pie frente a la mesa de madera, colocando ramitos de hierbas aromáticas alrededor del pavo, se curvaron en una sonrisa.

Se sentía la mujer más afortunada del mundo. No sólo tenía un hijito precioso, y al más *sexy* y bueno de los hombres por prometido, sino que además por primera vez tenía una familia de verdad con la que celebrar el Día de Acción de Gracias.

Nunca hubiera imaginado que su vida podría llegar a cambiar tanto en unos meses, desde el día en que había llegado a Las Viñas,

ni jamás habría pensado que allí encontraría el amor.

Su sonrisa se hizo más amplia al pensar en Grant. Iban a casarse dentro de dos semanas, frente a la pequeña cabaña en la que tantos ratos habían pasado juntos y que tan buenos recuerdos albergaba para ambos.

Grant le había dicho que no quería esperar ni un día para que se celebrara la boda, y Anna había tenido que recordarle entre risas que si quería que Ford y Abby asistieran no podría ser, porque los bebés de Abby no podían viajar en avión siendo tan pequeños.

—Te está quedando precioso, Anna —le dijo Caroline, acercándose a ver cómo iba con el pavo—. Eres una verdadera artista.

—Gracias —respondió ella sonriendo—. Esperemos que además de tener buen aspecto también tenga buen sabor.

—Y si no, como a alguno de los hombres se le ocurra decir algo lo estrangulo mascullló Lara. —Después de que llevamos toda mañana metidas en la cocina mientras ellos juegan al fútbol, más vale que aprecien nuestro esfuerzo. En ese momento llamaron a la puerta trasera, y Dixie, que era la que estaba más cerca, fue a abrir.

—¿Podría hablar con Anna, por favor? —Se escuchó a un hombre preguntar. Todas se volvieron, y Anna se quedó de piedra al ver que el hombre en cuestión era Trace Ashton, el hijo mayor del tercer matrimonio de Spencer. Anna no lo conocía muy bien ya que sólo lo había visto unas, pocas veces, pero sabía que la relación que tenía con sus hermanastros no era precisamente cordial.

Personalmente le parecía que era absurdo que las dos familias llevasen tanto tiempo enfrentadas, y que ya iba siendo hora de que hiciesen las paces, pero aquello no era algo que dependiese de ella.

De hecho, en ese momento la tensión podía mascarse en el ambiente, así que Anna se apresuró a salir fuera con Trace.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó.

Trace se quedó mirándola un momento en silencio, la tensión visible en sus apuestas facciones.

—Siento haberme presentado aquí sin avisar, pero hay algo que quería decirte.

—No tienes por qué disculparte —le aseguró ella llena de curiosidad—; ¿de qué se trata?

Trace dejó escapar un pesado suspiro.

—A pesar de lo que te hayan dicho, a pesar de lo que mi padre dejó escrito en su testamento… en fin, sólo quería que supieras que mi familia no tiene intención de desentenderse de Jack. Aunque mi padre no lo reconociera como hijo suyo, es un Ashton igualmente.

Sus palabras sorprendieron a Anna, que no habría esperado nunca oírlas de sus labios, pero no pudo sino sentirse agradecida por Jack. Para ella era importante que el pequeño tuviese el cariño de esas personas con las que tenía lazos de sangre.

—Gracias, Trace.

—Jack es parte de la familia… y tú también.

Oírle decir aquello hizo que el corazón de Anna palpitase de emoción. No sabía que contestar, pero tampoco habría podido contestar nada porque en ese momento aparecieron Eli y Cole, cuyos rostros se contrajeron en un gesto de desprecio nada más ver a Trace.

Anna se alegró de que Jack no fuera con ellos. Probablemente debía seguir junto al lago con Grant, Seth, y Lucas, donde los hombres de la familia habían estado jugando al fútbol.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber Eli, lanzando una mirada amenazadora a Trace.

—No es asunto tuyo —le espetó aquél. Su tono había sonado frío, pero no iracundo.

—¿Cómo es que habéis vuelto tan pronto? —les preguntó Anna a Eli y a Cole, en un intento por distraer su atención.

—Hemos venido para ver si necesitabais nuestra ayuda —respondió Eli.

—Y parece que sí —añadió Cole mirando a Trace con los ojos entornados.

Anna frunció el ceño irritada. ¿Por qué tenían que ser así?

—Trace sólo ha venido a decirme que.

—No tienes que darles explicaciones, Anna —la interrumpió Trace—. Además tampoco te escucharían.

Eli apretó los puños, y dio un paso hacia Trace con ellos levantados.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto…

—¡Eli, detente ahora mismo! —le exigió Anna interponiéndose entre ellos—. Estáis comportándoos como críos.

—Quizá nosotros seamos unos críos —masculló Eli—, pero éste

siempre fue el favorito de papá, ¿verdad, Trace?

—Eli, Spencer está muerto —intervino Anna conciliadora—; deberíais dejar atrás las rencillas del pasado y…

Sin embargo, Eli no estaba escuchándola.

—¿Cómo pudiste? —le espetó a Trace.

Su hermanastro no se arredró y le sostuvo la mirada.

—¿Cómo pude qué?

—¿Cómo pudiste permanecer fiel a un hombre como ése?

Trace sacudió la cabeza y resopló, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Maldita sea, Eli, yo lo odiaba tanto como vosotros.

Se quedaron todos tan anonadados que durante un instante ninguno dijo nada.

—¿Qué? —masculló Cole cuando recobró el habla.

—Sí, ¿qué es lo que has dicho? -Inquirió Eli.

—Lo que habéis oído. Podéis creerlo o no; me da igual —respondió Trace.

Al ver que ninguno de sus hermanastros decía nada, Trace sacudió la cabeza, se despidió de Anna con un asentimiento de cabeza y se alejó.

La tensión de aquel encuentro por fortuna ya se había disipado cuando se sentaron todos a tomar la cena de Acción de Gracias.

Grant casi no se podía creer que después de lo agitados que habían sido los últimos meses por fin estuviesen teniendo un momento de paz y tranquilidad.

Jack estaba entusiasmado con su nueva casa, Ford y Abigail iban a visitarlos dentro de dos semanas y se quedarían hasta Año Nuevo, y no faltaba nada para su boda con la mujer a la que amaba. Verdaderamente tenía muchas cosas por las que dar gracias.

—Te veo feliz, hermano mayor —dijo Eli, que estaba sentado a su lado.

Parecía que le había tomado gusto a llamarlo así, y Grant estaba empezando a acostumbrarse.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.